

**THE EMPIRE STRIKES BACK: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DEL
“COMPATRIOTA” Y LA ANEXIÓN DE LA PENÍNSULA DE CRIMEA**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES**

**FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL CON ÉNFASIS EN PERIODISMO**

BOGOTÁ D.C.

2019

**THE EMPIRE STRIKES BACK: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DEL
“COMPATRIOTA” Y LA ANEXIÓN DE LA PENÍNSULA DE CRIMEA**

MARÍA CAROLINA VILLADIEGO MALDONADO

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES**

**FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL CON ÉNFASIS EN PERIODISMO**

BOGOTÁ D.C.

2019

**THE EMPIRE STRIKES BACK: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DEL
“COMPATRIOTA” Y LA ANEXIÓN DE LA PENÍNSULA DE CRIMEA**

MARÍA CAROLINA VILLADIEGO MALDONADO

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

DIRCEO OLMEDO GUZMÁN CÓRDOBA

Internacionalista y M.A. en Estudios Políticos e Internacionales

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
CARRERA DE RELACIONES INTERNACIONALES**

**FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL CON ÉNFASIS EN PERIODISMO**

BOGOTÁ D.C.

2019

TABLA DE CONTENIDO

1. Planteamiento del problema y pregunta de investigación	1
1.1. La Rusia contemporánea: el regreso al imperio.....	1
1.2. Vladimir Putin: la imagen del resurgimiento.....	2
1.3. Medvedev: continuando el proyecto imperial.....	5
1.4. Ucrania y la anexión de la península de Crimea	6
1.5. El “compatriota” y la diáspora rusa como herramienta geopolítica	8
2. Objetivos	11
3. Marco metodológico	11
3.1. Representaciones históricas	11
3.2. Estudio de caso	14
4. Marco teórico-conceptual	16
4.1. Realismo ofensivo: la mejor defensa es un buen ataque	16
4.2. Realismo neoclásico: abriendo la caja negra del Estado	19
4.3. Movilizar mentes y corazones: la ideología expansionista según Randall Schweller	22
4.4. La pieza faltante: el compatriota como una estrategia de propaganda	24
5. Capítulo 1: La narrativa estratégica del compatriota en la política exterior rusa	27
5.1. El compatriota, “aquel que está con la patria”	28
5.2. Rusia ¿Estado-Nación?	29
5.3. La conceptualización del compatriota	30
5.4. La cooperación humanitaria y el compatriota como herramienta de política exterior	33
6. Capítulo 2: Crimea regresa a casa	37
6.1. Ucrania es la joya de la corona	38
6.2. “Todo en Crimea habla de nuestra historia”: el compatriota como justificación	41
6.3. Putin ¿peligro inminente?	43

7. Conclusiones	47
8. Bibliografía	51

LISTA DE ABREVIACIONES

En el presente trabajo de investigación se utilizaron las siguientes abreviaciones.

CIS – Comunidad de Estados Independientes, de su nombre en inglés *Commonwealth of Independent States*

CPE – Concepto de Política Exterior

EE. UU. – Estados Unidos de América

UE – Unión Europea

URSS – Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

AGRADECIMIENTOS

La construcción de un trabajo de grado es un reto no solo académico sino personal. Un proceso de autodescubrimiento, lleno de obstáculos y frustraciones. Sin embargo, la gratificación es enorme. En el (ojalá) largo camino de mi vida, este trabajo es un pequeño paso, aun así, en este momento se siente ENORME. Espero que sea el primero de muchos logros académicos y el inicio de una exploración de mis propios límites y capacidades.

Agradezco especialmente a mi familia que me apoyó en cada paso y me alentó a continuar. Su presencia en mi vida es mi mayor tesoro. Gracias por darlo todo por mí, no hay amor más grande.

Mamá: gracias por consentirme, por ver siempre lo mejor de mí y por exigirme a superar mis expectativas. Serás siempre sinónimo de apoyo incondicional y de complicidad en este duro camino que es la vida.

Papá: gracias por ponernos a mis hermanos y a mí siempre antes que todo, gracias por enseñarme a tener la brújula moral siempre bien calibrada y a buscar la felicidad en los pequeños detalles de la vida.

Tomás y Samuel: mi razón de ser, mis confidentes y mi más grande orgullo. Ustedes serán siempre mi motivación para ser mejor, mi refugio en momentos difíciles y mi hogar. ¿Qué sería de mí sin ustedes dos?

Gracias a Santiago, mi compañero de camino, por recordarme siempre que puedo lograr lo que me proponga y llegar a lo más alto. Gracias por soportar pacientemente mis charlas eternas sobre Rusia, y por sentarte a mi lado y hacerme compañía en mis largas jornadas de estudio. Gracias por recordarme lo que significa *ser* con alguien más y trabajar en equipo. Somos y seremos todo y más.

Gracias también a Juliana, mi Virgo preferida, mi incondicional, por motivarme y recordarme que nunca estuve sola. Gracias por sacarme de ahí, y por secar tantas lágrimas. Eres luz.

Y, por supuesto, a la persona que ha soñado más con mi grado que yo misma, mi adorada abuelita Eneida, ejemplo de fuerza, valentía y amor incondicional por la familia. Sin tu ayuda no habría podido estar aquí cumpliendo mis metas. Mi amor y admiración por ti son infinitos.

Gracias, y mil gracias más. Estaré siempre agradecida con el universo por ponerme junto a personas tan maravillosas. Cada uno de ustedes me ha hecho mejor, cada uno me ha enseñado algo sobre mí y entre todos me han hecho quien me siento orgullosa de ser hoy en día.

Los amo infinitamente.

THE EMPIRE STRIKES BACK: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DEL “COMPATRIOTA” Y LA ANEXIÓN DE LA PENÍNSULA DE CRIMEA

*“Supreme excellence consists in breaking
the enemy’s resistance without fighting” – Sun Tzu*

1. Planteamiento del problema y pregunta de investigación

1.1 La Rusia contemporánea: el regreso al Imperio

“La historia de Rusia es una historia sobre el imperio” (Grigas, 2016, pág. 12). Desde sus orígenes, con la expansión del Principado de Moscú alrededor del siglo XIII, la naturaleza imperial ha sido característica de las sucesivas entidades políticas rusas. La Federación Rusa ha seguido los pasos de sus predecesores históricos: el Imperio Ruso (1550-1914) y la Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas (1922-1991) (Milosevich-Juaristi, 2016).

Es posible afirmar que “existe una innegable continuidad entre los actuales proyectos imperiales rusos y los proyectos pasados de los Romanov y los soviéticos” (Grigas, 2016, pág. 4). Las tres entidades políticas comparten una experiencia imperial de más de 4 siglos, construida sobre factores culturales, ideológicos, geopolíticos y de seguridad que han permanecido más o menos invariables a lo largo de la historia (Grigas, 2016). La actual Federación Rusa, nacida en 1991 de las cenizas de la Unión Soviética, es heredera de este legado, y en pleno siglo XXI ha emprendido el camino hacia la reconstrucción del Imperio.

Tras la desintegración de la Unión Soviética, en 1992, las antiguas “repúblicas” se independizaron paulatinamente convirtiéndose en 15 Estados soberanos y modificando completamente el panorama geopolítico internacional. Por esta razón, el término *espacio postsoviético* hace referencia a los territorios de la antigua Unión: Europa del Este (Ucrania, Moldavia, y Bielorrusia), el sur del Cáucaso (Georgia, Armenia y Azerbaiyán), los Países de la zona del mar Báltico (Lituania, Letonia y Estonia), y Asia Central (Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán, Kazajistán y Kirguistán).

Ahora bien, la primera década de existencia de la Federación Rusa fue una etapa de transición, que correspondió a los dos mandatos presidenciales de Boris Yeltsin (1991-1996

y 1996-1999). Durante este periodo Rusia configuró una alianza con Estados Unidos (EE. UU.) basada en los principios de cooperación y confianza mutua, y cuya idea de fondo era lograr el balance de poder en el sistema internacional a través del trabajo conjunto de los dos actores más relevantes del sistema en ese momento (Leichtova, 2014).

A finales de 1999 Yeltsin renunció, lo que llevó a Vladimir Putin – entonces Primer Ministro – a posesionarse como presidente encargado. En 2000 Putin fue confirmado en la presidencia para los siguientes cuatro años a través de elecciones, y más adelante fue reelegido para el periodo 2004-2008. Su llegada a la presidencia supuso la reorientación de la política exterior rusa, la cual adoptó un enfoque crecientemente confrontativo hacia Occidente en general, y EE. UU. en particular (Rome, 2010). Putin revivió el proyecto imperial de Rusia, y enfocó su política exterior a la recuperación de la influencia perdida tras la caída de la URSS.

1.2 Vladimir Putin: la imagen del resurgimiento

Desde finales de la década de 1990 Rusia continuaba debilitada, tanto interna como externamente, pero la llegada de Putin al poder fue el inicio del resurgimiento. El nuevo presidente se concentró en “promover el patrón del Estado autocrático tradicional ruso” (Milosevich-Juaristi, 2016, pág. 2) y se propuso instaurar una nueva visión de Rusia “como una gran potencia, cuyo objetivo principal es fortalecer su papel en la política internacional global y en el espacio postsoviético en particular” (Milosevich-Juaristi, 2016, pág. 7).

A pesar de que la influencia de Putin ha sido significativa, las raíces de esta orientación son profundas y anteriores a él. El presidente encarna una visión de mundo y unas preferencias que grandes sectores de la élite política rusa aún favorecen. En general, se podría decir que Rusia tiene una identidad de gran potencia históricamente determinada (Mankoff, 2011).

Ya desde su primer año en el cargo, “Putin buscó formar una alianza unificada de las antiguas Repúblicas Soviéticas bajo el liderazgo ruso, probablemente como medio para excluir la influencia occidental del extranjero cercano¹” (Rome, 2010, pág. 36). Además, su retórica en contra de las políticas estadounidenses tomó fuerza, en particular en torno a los bombardeos

¹ “*Near Abroad*” en el texto original. Término que hace referencia al espacio postsoviético.

en Yugoslavia, el Tratado de Misiles Antibalísticos, la intervención militar en Irak, la instalación de misiles defensivos en República Checa y Polonia, y la continua expansión de la OTAN hacia Europa del Este (Rome, 2010).

Para mediados de los 2000, las tensiones sobre el orden establecido tras la Guerra Fría y sobre las fronteras postsoviéticas, habían resurgido con fuerza. Durante el segundo mandato de Putin, las relaciones de Rusia con EE. UU., la Unión Europea (UE) y la OTAN se deterioraron. A pesar de que la cooperación continuó en algunos ámbitos específicos, cada vez fueron más los asuntos en los cuales Putin denunció de forma vehemente la actuación de Occidente (Rome, 2010).

El distanciamiento entre Rusia y Occidente tuvo un componente adicional: el crecimiento económico. La recuperación económica que se vivió durante la presidencia de Putin se tradujo en un aumento considerable de la influencia de Rusia como actor internacional; de repente Rusia dejó de necesitar ayuda y se convirtió en un poderoso mercado emergente y un motor del crecimiento global (Lukyanov, 2016). Entre 2003 y 2008 “la confianza de Rusia sobre su propia reemergencia se fortaleció a medida que su crecimiento económico se aceleró” (Kuchins & Zevelev, 2012, pág. 155). En palabras de Mankoff (2011): “los años de la presidencia de Vladimir Putin vieron la reemergencia de Rusia como una potencia global con intereses – y la capacidad de perseguirlos – en muchas partes del mundo” (pág. 16).

Conforme la búsqueda por prestigio y por la restauración de la influencia rusa en el sistema internacional continuaba, se hizo cada vez más difícil para Moscú aceptar el orden liberal occidental, liderado por EE. UU. Además, hacia 2003 las denominadas “revoluciones de colores” en el espacio postsoviético empezaron a desafiar a los gobiernos que – con sus raíces en la era soviética – tenían fuertes vínculos con Rusia (Lukyanov, 2016). Esto fue visto por Putin como una interferencia indebida en los asuntos internos de otros Estados por parte de Occidente, con la intención de instaurar la democracia liberal al estilo occidental.

Las “revoluciones de colores” fueron una serie de protestas pacíficas que se presentaron entre 2003 y 2005 para exigir la democratización de varios Estados: la “revolución rosa” en

Georgia, la “revolución de los tulipanes” en Kirguistán y la “revolución naranja” en Ucrania². Estas protestas trajeron consigo el fin de regímenes considerados antidemocráticos y corruptos, y su reemplazo por gobiernos que inicialmente eran de orientación prooccidental y prodemocrática, modificando considerablemente el panorama político de la zona postsoviética (Mitchell, 2012).

A este contexto se sumó la orientación expansionista de la OTAN y la UE. La ampliación de la OTAN en la era postsoviética empezó a mediados de los 90 con invitaciones dirigidas a Polonia, República Checa y Hungría, mientras que la discusión oficial sobre la inclusión de Ucrania en la OTAN empezó alrededor de 2008. La Unión Europea, por su parte, incluyó como miembros del bloque a Lituania, Letonia, Estonia, Hungría y Polonia – entre otros Estados – acercándose cada vez más a la zona de influencia de Rusia en sus fronteras occidentales (Marten, 2015).

La progresiva ampliación de las instituciones europeas hacia el Este de Europa es vista como una de las principales amenazas para los intereses nacionales de Rusia. De acuerdo con el Concepto de Política Exterior (CPE) de 2016, “la Federación Rusa mantiene una perspectiva negativa hacia la expansión de la OTAN y la infraestructura militar de la alianza acercándose a las fronteras rusas” (Committee of International Affairs of the State Duma, 2016, pág. 17). Así aumentó progresivamente la sospecha de Moscú sobre las intenciones de Occidente.

En este agitado contexto terminó el segundo periodo presidencial de Putin. La constitución rusa permite la reelección, pero la limita a un máximo de dos periodos consecutivos, por lo cual el entonces presidente no se presentó nuevamente a las elecciones. En su lugar, Dmitry Medvedev asumió la presidencia en 2008 y Putin regresó al cargo de Primer Ministro. En ese punto, las relaciones entre Rusia y Occidente se habían vuelto tan hostiles que recordaban a la última década de la Guerra Fría (Rome, 2010).

² Algunos autores también incluyen dentro de este grupo las revoluciones que, por esa misma época, se presentaron en el Líbano y en Serbia.

1.3 Medvedev: continuando el proyecto imperial

En términos generales, la presidencia de Medvedev (2008-2012) adoptó los lineamientos de la política exterior de la era Putin y se concentró en la necesidad de devolver a Rusia su liderazgo a nivel internacional. Sin embargo, también hizo mucho énfasis en la modernización como camino para asegurar el lugar de Rusia, y en la necesidad de cooperar con Occidente en algunos asuntos de interés común (Mankoff, 2011).

Factores como la crisis económica del 2008 – que trajo consigo la caída en los precios de los *commodities* a nivel global, entre ellos el petróleo y el gas – y la llegada de Barack Obama a la presidencia de EE. UU., favorecieron un acercamiento entre Occidente y Rusia. Medvedev se mostró abierto a la cooperación, e incluso al establecimiento de acuerdos en temas clave con EE. UU. y la UE (Rome, 2010).

Sin embargo, existe continuidad entre Medvedev y Putin sobre todo en los asuntos internacionales. Incluso se ha aplicado al periodo 2008-2012 el concepto de “poder dual” en el cual Putin, como Primer Ministro, unido a la principal fuerza parlamentaria – el partido Rusia Unida – sirvió como una figura fundamental y decisiva, y Medvedev, elegido por Putin, sirvió como presidente y mantuvo la continuidad a través de los principales aspectos de la política exterior y de seguridad de Rusia (Tichý, 2014).

Al inicio de su mandato, Medvedev estableció cinco principios como base de su política exterior: primero, Rusia reconoce la primacía del derecho internacional; segundo, el mundo debe ser multipolar, la dominación de un solo Estado es inadmisibles; tercero, Rusia buscará desarrollar relaciones amistosas con Europa, EE. UU. y otros Estados; cuarto, la protección de los ciudadanos – donde quiera que estos se encuentren – es una prioridad; y quinto, existen regiones de interés privilegiado, Estados con los cuales comparte relaciones históricas y a los que prestará especial atención (Medvedev, 2008).

Como Putin, Medvedev hizo énfasis en la conveniencia de la multipolaridad y el multilateralismo en el sistema internacional. También destinó especial atención a la modernización de las fuerzas militares y de los sistemas de armamento, incluyendo el arsenal nuclear. Del mismo modo, siguió resaltando que la principal amenaza para Rusia era el rol

globalizado de la OTAN y su expansión hacia las fronteras rusas. Además, consideró legítimo usar la fuerza para evitar la agresión en contra de Rusia o sus aliados, y – sobre todo – para proteger a los compatriotas en el exterior (Tichý, 2014).

El 7 de mayo de 2012 Vladimir Putin reasume la presidencia de Rusia, tras el fin del mandato de Dmitry Medvedev (2008-2012). Ya en ese momento se preveía que “el regreso de Putin como presidente no [alteraría] significativamente el curso de la política exterior de Moscú” (Kuchins & Zevelev, 2012, pág. 147). Esta sospecha se vio confirmada en 2014, cuando el gobierno ruso anexó la península de Crimea, un evento que podría considerarse un punto de quiebre en la política internacional, y que transformó las dinámicas de la zona postsoviética.

1.4 Ucrania: La anexión de la península de Crimea

El caso emblemático que refleja la habilidad y disposición de Rusia para desafiar el orden de la posguerra fría es la anexión de la península de Crimea. Con ella, el gobierno liderado por Vladimir Putin es visto como una amenaza más que como un aliado para los países occidentales. Antes de este hecho, un ataque o amenaza tangible en contra del espacio postsoviético no se consideraba probable (Grigas, 2016).

Desde 2004, tras la “revolución naranja”, Ucrania empezó un proceso de acercamiento con el bloque europeo que alcanzó su apogeo en 2013. El presidente Putin “consideró que el giro definitivo de Kiev hacia Occidente era un claro desafío al poder de Rusia y al control sobre su tradicional esfera de influencia” (Marten, 2015).

La serie de acontecimientos que terminaría en la anexión de Crimea empezó el 21 de noviembre de 2013, cuando se desataron en Ucrania las protestas que, más adelante, se conocerían como el *Euromaidán*. El entonces presidente ucraniano, Viktor Yanukovich, rechazó un acuerdo de asociación comercial y política con la Unión Europea, y decidió – en su lugar – buscar una asociación más estrecha con Rusia. Los ciudadanos proeuropeos, principalmente estudiantes y activistas, salieron a las calles durante los tres meses siguientes para presionar a Yanukovich a reconsiderar el acercamiento con las instituciones europeas (Roman, Wanta, & Buniak, 2017).

En febrero de 2014, las fuerzas del gobierno empezaron a reprimir las manifestaciones ciudadanas. Las tensiones empeoraron cuando el Parlamento aprobó un paquete de leyes restrictivas que otorgaban potestades a la fuerza pública para tomar medidas más estrictas frente a la situación de orden público; la situación se volvió insostenible. El presidente Yanukovich escapó de Kiev y el Parlamento instauró un gobierno de coalición (Roman, Wanta, & Buniak, 2017).

En marzo Rusia tomó la decisión de enviar tropas a la península de Crimea, donde se encuentra la base militar rusa de Sebastopol y que era una república autónoma de Ucrania. Las tropas – sin insignias de la Federación rusa – ocuparon los centros gubernamentales, bloquearon las comunicaciones ucranianas y el 16 de marzo, con ayuda de las autoridades locales, celebraron un referendo³ en el cual el 97% de la población de la península votó a favor de unirse a Rusia. La anexión se hizo oficial dos días después (Roman, Wanta, & Buniak, 2017).

A pesar de que los militares que ocuparon Crimea no estaban identificados, fue confirmado que hacían parte de las fuerzas armadas rusas y que estaban allí para “apoyar a las fuerzas locales”. En una entrevista televisada, el presidente Putin aseguró que entre el 22 y el 23 de febrero de 2014, sostuvo una reunión con los servicios especiales rusos y con el Ministro de Defensa para planear la huida del presidente Yanukovich. Al final del encuentro, el presidente les asignó la tarea de “traer Crimea de vuelta a Rusia” (BBC, 2015).

De acuerdo con Treisman (2016) “la toma de la península de Crimea de manos de Ucrania por parte del presidente Vladimir Putin fue la decisión más consecuente de sus 16 años en el poder” (pág. 47). Al anexionar un territorio de un país vecino, Putin derrumbó las presunciones sobre las cuales se construyó el orden internacional que emergió tras la Guerra Fría.

De acuerdo con lo anterior, es posible afirmar que las premisas básicas de la política exterior rusa – consolidación interna y expansión – han sido moldeadas por la experiencia histórica.

³ El referendo no ha sido reconocido por la comunidad internacional. Actores como la Unión Europea, Ucrania y EE. lo consideran ilegítimo y desconocen sus resultados.

Probablemente “la diplomacia rusa continuará en esta dirección en el futuro cercano, independientemente de quién se sienta en el Kremlin” (Mankoff, 2011, pág. 20).

Actualmente, la reimprialización es la meta final de la política exterior rusa (Grigas, 2016). Esto significa que Rusia “está impulsada por el empeño de recuperar el estatus de gran potencia mediante el control de las ‘zonas de influencia’ en los países vecinos, a través de un sofisticado proceso de *reimprialización*, entendido como resurgimiento o reconstrucción del imperio” (Milosevich-Juaristi, 2016, pág. 2). En palabras de Grigas (2016): “existe un esfuerzo por extender la esfera de influencia de la Federación Rusa (si no su actual territorio) para hacerlos coincidir con las fronteras históricas del Imperio Ruso” (Grigas, 2016, pág. 26).

Este proceso, que ha buscado de forma consistente mantener o recuperar la influencia de Rusia sobre las antiguas repúblicas soviéticas, se ha valido de múltiples herramientas, una de ellas es la diáspora rusa. “A lo largo del tiempo, esta diáspora rusa, reconstruida políticamente por Moscú como *compatriotas*, se ha convertido en el instrumento de los deseos neoimperialistas rusos” (Grigas, 2016, pág. 3).

1.5 El “compatriota” y la diáspora rusa como herramienta geopolítica

En consideración de lo anterior, es necesario hacer énfasis en el concepto de *compatriota*, que es probablemente la idea más importante dentro de la política exterior rusa hacia el espacio postsoviético. La palabra *sootchestvennik* (*compatriota*), que en ruso significa “aquellos que están con la patria” se ha entendido de formas muy diversas a lo largo de los años; sin embargo, suele referirse –de forma amplia– a los rusos étnicos y a las personas ruso-parlantes que residen por fuera de la Federación Rusa (Grigas, 2016). El uso oficial del término empezó alrededor de 1993, poco después de la disolución de la Unión Soviética.

Con el colapso de 1992, unos 25 o 30 millones de rusos quedaron, casi de la noche a la mañana, por fuera del territorio de su país, y perteneciendo ahora –en un contexto confuso– a los nacientes Estados de la zona postsoviética. En palabras de Vladimir Putin:

El colapso de la Unión Soviética fue uno de los mayores desastres geopolíticos del siglo. Y para la nación rusa, se convirtió en un genuino drama. Decenas de millones de

nuestros conciudadanos y compatriotas se encontraron a sí mismos por fuera del territorio ruso (Putín, 2005).

La Federación Rusa ha intentado, sin éxito, definir el concepto del *compatriota*. A lo largo de los años, y dependiendo de la situación o necesidad, se ha aplicado a grupos sociales muy diversos. La “diáspora rusa” hace referencia a una cifra comprendida entre los 30 y los 150 millones de personas. La primera cifra es el número aproximado de rusos étnicos que se encontraban fuera de Rusia en las repúblicas soviéticas cuando la Unión colapsó; y la segunda, un estimado de los descendientes de ciudadanos soviéticos.

Ser o no un “compatriota” depende de qué tan amplia o específica sea la definición aplicada por el Estado ruso en un momento dado. Sin embargo, se observan dos características comunes que conectan a los *compatriotas*: en primer lugar, usar el ruso como lengua habitual o nativa, y, en segundo lugar, ser descendiente de ciudadanos soviéticos, rusos, o de cualquier nación que haya habitado las tierras imperiales de Rusia (Grigas, 2016). Dados estos criterios, los compatriotas rusos son muy diversos geográfica, histórica, generacional y socialmente. Muchos de ellos, de hecho, no se reconocen como tal y rechazan la denominación al no sentir ninguna conexión real con Rusia.

Ahora bien, de acuerdo con el CPE –aprobado por Vladimir Putin en 2016– uno de los objetivos principales de la política exterior rusa es “asegurar la protección efectiva de los derechos e intereses legítimos de los ciudadanos rusos y de los *compatriotas* residiendo en el exterior”⁴ (Committee of International Affairs of the State Duma, 2016, pág. 2). El mismo documento expresa que Rusia reconoce la contribución de los *compatriotas* en preservar y promover la cultura e idioma rusos, y que pretende facilitar la preservación de la identidad de la diáspora rusa y sus vínculos con la madre patria.

Así, el gobierno ruso se ha referido en numerosas ocasiones a la necesidad de apoyar y proteger a sus compatriotas, pero este apoyo puede tener todo tipo de manifestaciones: desde programas culturales, hasta la acción militar, como sucedió en el caso de Ucrania en 2013.

⁴ Traducción propia del documento oficial en inglés.

Por esta razón, los compatriotas son percibidos como un instrumento geopolítico, estrechamente relacionado con las aspiraciones territoriales de Rusia (Grigas, 2016).

Como se puede observar, los compatriotas han servido como un pretexto efectivo y como el principal instrumento de la política exterior expansionista y neoimperial de Rusia, estos “no solo figuran en todas las etapas de la trayectoria hacia la reimperialización, sino que son la fuerza impulsora detrás de ella” (Grigas, 2016, pág. 37). (Grigas, 2016). Ahora bien, el uso de los compatriotas dentro de este proceso solo es posible si se proyecta exitosamente una narrativa particular que sirva para justificar las acciones específicas emprendidas por Rusia (Pieper, 2018). Como se mencionó anteriormente, el *compatriota* es una categoría construida por el Estado ruso para servir a unos fines determinados.

Para Moscú es fundamental lograr que los rusos, y más específicamente los compatriotas, sean receptivos frente a su política exterior, por lo cual debe orientar esfuerzos a construir y difundir una narrativa estratégica que influya favorablemente a estas audiencias, y le facilite conseguir sus objetivos (Pieper, 2018). Esta es la manifestación de una estrategia que el Estado ha aplicado sistemáticamente desde inicios de la Primera Guerra Mundial: la creación de información programada, con unos fines y objetivos definidos, que influya decisivamente sobre la opinión pública. La creación de un nuevo frente de guerra, el de la información y la propaganda (Álvarez, 1987).

La anexión de Crimea fue un paso decisivo en el camino hacia la reinstauración del imperio, premeditado y ejecutado exitosamente por parte de la Federación Rusa. Este demuestra la intención de Rusia de reconfigurar las fronteras establecidas tras la caída de la Unión Soviética, y su estrategia de extender su influencia a través de la diáspora rusa. “Para Moscú, las políticas del compatriota desempeñan una función integradora – la unificación de los pueblos rusos, combinada con el potencial de unificar la patria con los territorios donde estos residen” (Grigas, 2016, pág. 3). En ese orden de ideas y, de acuerdo con lo anterior, la pregunta que direcciona la presente investigación es: **¿De qué manera el gobierno de la Federación Rusa, encabezado por Vladimir Putin, instrumentalizó la idea del *compatriota* para justificar la anexión de la península de Crimea, como parte de la estrategia de reimperialización del espacio postsoviético?**

2. Objetivos

Objetivo general

Dar cuenta de la forma en la cual el gobierno de la Federación Rusa, encabezado por Vladimir Putin, instrumentalizó la idea del *compatriota* para justificar la anexión de la península de Crimea; esto, enmarcado dentro de la estrategia de reimperialización del espacio postsoviético.

Objetivos específicos

- Explicar la construcción del concepto del *compatriota* y su instrumentalización dentro de la política de reimperialización del espacio postsoviético.
- Determinar hasta qué punto la idea del *compatriota* sirvió como justificación de la anexión de la península de Crimea por parte de Rusia.

3. Marco metodológico

La presente investigación tiene como objeto de estudio el concepto del *compatriota*, una construcción discursiva que es utilizada por Rusia como herramienta del proceso de reimperialización del espacio postsoviético. Esto, con el fin de explicar un evento específico y significativo de la política internacional: la anexión de la península de Crimea. Por esta razón, se aplicará un método de investigación cualitativa que pone el énfasis en las construcciones del lenguaje: el método de las *representaciones históricas*. Este enfoque permite comprender cómo se construyó este discurso o representación, y con él una estructura de verdad, que dio paso a un curso de acción con repercusiones tangibles y materiales en el sistema internacional. Además, también se utilizarán herramientas del método *estudio de caso*, para explicar la anexión de Crimea.

3.1. Representaciones históricas

Este enfoque centra la atención en la representación de un objeto de estudio dado a lo largo del tiempo y del espacio y asume que – dado que la naturaleza o esencia real de las cosas es incognoscible – la comprensión de la realidad se basa en la interpretación de las

representaciones de las cosas. En palabras de Dunn, este método “se enfoca en varias formas de lenguaje, ideas y cultura, que contribuyen a la creación de estructuras de conocimiento durante momentos históricos específicos” (Dunn, 2008, pág. 78).

Las sociedades producen, consumen y hacen circular representaciones discursivas de las cosas (fenómenos, actores, conceptos, etc.) y a partir de ello construyen lo que se denomina regímenes de verdad o de conocimiento. Los discursos constituyen marcos coherentes para lo que, en una sociedad, se puede hacer y/o decir (Dunn, 2008). Esto, en otras palabras, significa que son las representaciones discursivas las que abren los distintos cursos de acción posible, una vez que han creado un régimen de verdad determinado.

Según señala Dunn (2008) las representaciones son construcciones basadas en el lenguaje y permiten a los actores conocer y actuar sobre el objeto de estudio; por esta razón, las representaciones tienen implicaciones políticas reales. Una vez erigida la representación del objeto, se abren determinados caminos de acción, mientras otros se cierran. Así, las prácticas discursivas moldean la toma de decisiones. Además, este enfoque asume que la gente actúa de una forma determinada (y no de otra) por su forma de entender el mundo y su lugar en él; entendimiento determinado, en gran parte, por las representaciones discursivas (Dunn, 2008).

En términos de la presente investigación, surgen preguntas como la siguiente: ¿Cómo la construcción discursiva del compatriota abrió a Rusia la posibilidad de anexarse la península de Crimea? La representación de este concepto es una de las claves dentro de la estrategia de reimperialización del espacio postsoviético. Este método permite cumplir los objetivos de la investigación al explicar la construcción del concepto del compatriota desde una perspectiva histórica, lo cual posibilita comprender cómo esta identidad determinada hizo posible un curso de acción específico que es, precisamente, la anexión de Crimea.

Este enfoque utiliza las narrativas históricas para construir una explicación convincente que responda a las preguntas de investigación que suelen referirse al “cómo”, al proceso, por lo cual se ajusta. Ahora bien, el método de las representaciones históricas sigue cuatro pasos generales: establecimiento de parámetros del proyecto, selección de fuentes apropiadas, recolección de datos, y análisis (Dunn, 2008).

En primer lugar, es necesario elegir un tema específico y bien delimitado, que permita explorar problemáticas más amplias. Parte crucial de la delimitación del tema es la definición de ciertos momentos históricos donde las distintas fuerzas políticas están creando nuevos regímenes de verdad sobre el objeto de estudio o representación seleccionada, a partir de la definición y construcción de su significado. Es en esos momentos de ruptura donde el enfoque de representaciones históricas tiene mayor cabida.

Para esta investigación el primer momento histórico relevante es la desintegración de la Unión Soviética en 1992. Con la aparición de los nuevos Estados de la zona postsoviética, Rusia “perdió” unos 25 millones de rusos étnicos, que anteriormente eran ciudadanos soviéticos. Debido a sus dificultades económicas y políticas, Rusia no estaba en condiciones de asistir el retorno de estas personas, por lo cual recurrió a crear la denominación del *compatriota* (Grigas, 2016). El siguiente momento histórico es la llegada de Vladimir Putin al poder en 2000. Durante su presidencia, el concepto del *compatriota* pasó a tener relevancia como una herramienta estratégica de la política exterior y de seguridad de Rusia.

El siguiente momento histórico es el regreso de Putin al poder en 2012, tras el periodo presidencial de Dmitry Medvedev. En este momento se retoma con fuerza la política revisionista de Rusia, y la política exterior se aleja cada vez más de Occidente. El gobierno de Putin expresó su intención de proteger a toda costa no sólo a los ciudadanos rusos sino también, y de forma especial, a los compatriotas en el exterior (Grigas, 2016).

El último momento histórico que esta investigación contempla es la anexión de la península de Crimea en 2014. En este punto el alcance de la identidad del *compatriota* se manifiesta de forma tangible en los resultados del referendo separatista del 16 de marzo. Este suceso es el resultado exitoso de una estrategia continuada de reimperialización del espacio postsoviético, y cuya principal herramienta es la construcción discursiva del *compatriota*.

En cuanto a la selección de fuentes, esta investigación se centrará en las representaciones textuales oficiales. Principalmente discursos, reportes, documentos y noticias. Dada la naturaleza del problema de investigación, el foco principal serán los documentos relacionados con política exterior y de seguridad. Se reconoce que el idioma es un

impedimento, pero buena parte de estos documentos están disponibles en las páginas gubernamentales con traducción al inglés. Estas fuentes han jugado un papel importante en el proceso de estructurar el significado y construir la representación del *compatriota*. Los datos provenientes de las fuentes oficiales antes mencionadas se encuentran disponibles, principalmente, en los archivos del gobierno, las páginas gubernamentales y en la web en general. Con ciertas limitaciones, es posible el acceso a una cantidad suficiente de documentos relevantes para la investigación.

De acuerdo con Dunn (2008), la búsqueda de los datos ya es, en sí misma, una parte del análisis. Lo que se busca es identificar los diferentes discursos que han ido representando al objeto de estudio, en este caso, el concepto *compatriota*. ¿Qué lenguaje se utiliza para representarlo? ¿De qué forma lo representan? ¿Cómo la Federación Rusa representa a los *compatriotas*, y las problemáticas relacionadas con ellos?

El siguiente paso del análisis es situar históricamente y contextualizar estas representaciones dentro de las estructuras de significado de las cuales son parte. Es decir, una vez identificadas las representaciones, éstas deben interpretarse dentro de un contexto mayor. En nuestro caso, este contexto puede ser la relación histórica y cultural entre los Estados del espacio postsoviético y Rusia, y el proceso de reimperialización. Finalmente, el análisis debe explorar cómo las representaciones dominantes hacen que ciertas prácticas y políticas sean posibles.

Como se ha mostrado, el enfoque de representaciones históricas será la principal herramienta metodológica de esta investigación, pues se ajusta al interés por rastrear la construcción discursiva del *compatriota* y analizar cómo esta fue usada como herramienta estratégica y geopolítica dentro del proceso de reimperialización.

3.2. Estudio de caso

El método del *estudio de caso* también aplica al trabajo aquí presentado. Este es un método que estudia, por lo general, una o algunas políticas exteriores, a través del rastreo del proceso decisorio (Klotz, 2008) y parte de la definición del concepto clave de la pregunta de

investigación: en este caso, el *compatriota*. Seleccionar un caso depende, precisamente, del concepto definido anteriormente.

En primer lugar, el método requiere definir el universo de casos posibles. En la presente investigación podrían definirse, en términos amplios, 14 casos que corresponden a los Estados de la zona postsoviética. Todos ellos han sido blanco del proyecto neoimperial de Rusia, pero unos de forma mucho más clara que otros. El caso de Ucrania llama la atención pues su historia reciente refleja la trayectoria de la reimperialización rusa. En este caso Moscú ha evocado consistentemente la protección de los compatriotas rusos como justificación para involucrarse militarmente en su territorio (Grigas, 2016).

Sin embargo, la guerra en el este de Ucrania y la anexión de la península de Crimea aparecen como la culminación de las medidas que, desde la década de 2000, han sido aplicadas sobre los *compatriotas* de forma sistemática y metódica. Además, el caso de Ucrania es emblemático porque es el país que, histórica y culturalmente, es más cercano a Rusia. Ucrania comparte una amplia frontera con Rusia, una población considerable de ciudadanos ruso-parlantes y profesa la fe cristiana ortodoxa. La anexión de Crimea es el resultado más tangible de la política de reimperialización rusa y, por tanto, es el caso de estudio más apropiado.

Finalmente, este enfoque invita a la comparación. Cuando se trata de un estudio de un único caso, hace referencia a una comparación “interna”. Esto es, la comparación de una misma categoría a lo largo del tiempo. En este contexto, la investigación aquí propuesta puede ser vista como un estudio de la categoría/concepto *compatriota* y su evolución en un periodo determinado de tiempo, para el caso de Ucrania.

En suma, esta investigación aplicará las herramientas que ofrecen dos enfoques metodológicos: representaciones históricas y estudio de caso. El primero es fundamental para dar sentido a la construcción histórica de la idea del *compatriota* y su configuración como discurso. Esto con el fin de comprender cómo, al producir un régimen de verdad específico, se hizo posible un curso de acción: la intervención en Ucrania y la anexión de la península de Crimea por parte de Rusia. Por otro lado, ya que la investigación se centra en este suceso, será útil el enfoque del estudio de caso.

4. Marco teórico-conceptual

El presente trabajo de investigación recurrirá a varias herramientas teóricas con el fin de explicar la instrumentalización del concepto del *compatriota* por parte de Rusia como herramienta del proceso de reimperialización y anexión de Crimea. En primer lugar, se aborda la corriente del *realismo ofensivo*, cuyo planteamiento central es que los Estados se ven incentivados a maximizar su poder relativo y a buscar la hegemonía regional como camino para garantizar su propia seguridad (Schweller, 2009). En segundo lugar, se expone la corriente del *realismo neoclásico*; una teoría que incorpora el nivel doméstico de análisis al estudio de la política exterior. Esto significa que, desde esta perspectiva, las presiones sistémicas se filtran a través de la estructura estatal y producen una política en la que intervienen las características domésticas de los Estados (Taliaferro, Lobell, & Ripsman, 2009).

Estas dos teorías actúan como marco general para comprender la política exterior de la Federación Rusa y, dentro de esta, la política de reimperialización del espacio postsoviético. Ahora, con el fin de abordar de forma más completa el caso particular que este trabajo presenta – esto es, la instrumentalización del *compatriota* dentro del proceso de anexión de la península de Crimea – se recurrirá a un concepto adicional, el de *propaganda*.

El concepto de *propaganda*, que se toma de la disciplina de la comunicación, permitirá comprender y explicar el uso de las prácticas comunicativas con el propósito de influir sobre los imaginarios, percepciones, ideas y la actuación misma de las personas, en búsqueda de un fin político particular. Esto, entendiendo al *compatriota* como una herramienta discursiva, una forma de propaganda.

4.1. Realismo Ofensivo: La mejor defensa es un buen ataque

A finales del siglo XX, el derrumbe de la URSS supuso una transformación política a nivel global. Este suceso desafió, no solo a las esferas políticas, sino también a los teóricos de la disciplina de relaciones internacionales que “no habían podido anticipar este evento de mayor

importancia” (Frasson-Quenoz, 2014, pág. 105). Dadas las circunstancias, el realismo, paradigma predominante de análisis desde los años treinta, se vio obligado a repensarse.

En este contexto surge la corriente del *realismo ofensivo*, con John Mearsheimer como su principal exponente, y cuyas bases están en el *realismo estructural* o *neorrealismo* de Kenneth Waltz. Mearsheimer coincide con el realismo clásico en la intención permanente de los Estados de maximizar su poder, pero atribuye este fenómeno a la necesaria búsqueda de seguridad motivada por la estructura anárquica del sistema internacional; la búsqueda de poder y seguridad por parte de los Estados es insaciable (Snyder, 2002). En palabras de Mearsheimer, el realismo ofensivo plantea que “el sistema internacional crea fuertes incentivos para que los Estados busquen oportunidades de ganar poder a expensas de sus rivales (...) La meta final de un Estado es ser hegemón en el sistema (Mearsheimer, 2001, pág. 21).

La idea central del *realismo ofensivo* es que los Estados garantizan su seguridad maximizando su poder, pues “una estrategia que busque maximizar la seguridad a través de un máximo de poder relativo es la respuesta racional a la anarquía” (Labs, 1997, pág. 12). La naturaleza anárquica del sistema hace de la incertidumbre una constante; por ende, la desconfianza o sospecha sobre las intenciones de otros lleva al Estado a actuar de forma agresiva para, por lo menos, asegurar su posición de poder (Frasson-Quenoz, 2014).

Snyder (2002) recoge las cinco premisas en las cuales se basa el desarrollo teórico del realismo ofensivo de Mearsheimer: “el sistema es anárquico, las grandes potencias poseen capacidades ofensivas que pueden herir o aniquilar a otros Estados, ningún Estado puede estar seguro de las intenciones de los otros, los actores son entidades racionales, y la supervivencia es la meta principal,” (pág. 154).

De estas premisas, la rama ofensiva del realismo deduce que los Estados se temen entre sí y la forma de aliviar ese miedo es la maximización constante de su poder: “miedo, autoayuda⁵ y maximización del poder” (Johnson & Thayer, 2016) como consecuencia de la estructura

⁵ Concepto original: *self-help*

anárquica del sistema internacional. En palabras de Frasson-Quenoz (2014) “a fin de alcanzar la meta suprema (garantizar la supervivencia), los Estados deben maximizar su poder relativo hasta alcanzar un grado hegemónico” (pág. 113).

Esta corriente expone un sistema internacional altamente conflictivo, en el cual los Estados están en una lucha permanente por conseguir cada vez más poder. Mearsheimer plantea que “el comportamiento de los Estados siempre será el de un maximizador de potencia (...) el sistema estatal será siempre el lugar de expresión de la competitividad” (Frasson-Quenoz, 2014, pág. 114)

Desde la perspectiva del realismo ofensivo, una de las formas principales de aumentar el poder es incrementar el control del territorio, es decir, la expansión; sin embargo, ésta solo será perseguida por el Estado cuando las ventajas o beneficios sean mayores que los costos. En palabras de Schweller (2009):

Para conseguir seguridad (...) los Estados buscan ganancias relativas en su poder nacional que sobrepasen las de sus rivales potenciales. Una forma tradicional de conseguir estas ganancias es a través de la conquista y la expansión, que no solo incrementa el poder del Estado en el término inmediato, sino también a largo plazo: la fuerza adicional de una conquista exitosa puede ser usada para atacar a otros en el futuro, y tener ganancias aún mayores (2009, pág. 228).

En suma, la expansión territorial es considerada una medida de seguridad, un medio para la consecución del fin último del Estado, y a menudo es exitosa y rentable (Snyder, 2002). Para los realistas ofensivos “la existencia de una amenaza no es necesaria para que un Estado desarrolle una política exterior expansionista” (Frasson-Quenoz, 2014, pág. 110).

Además, Mearsheimer considera que las grandes potencias tenderán a ser agresivas. En su análisis no existen las potencias orientadas al *statu quo*, por el contrario, todas las potencias son revisionistas (Snyder, 2002). De acuerdo con Schweller (1994) los Estados revisionistas son aquellos que valoran mucho lo que desean conseguir, en algunos casos más que lo que ya poseen. Por eso, emplearán la fuerza militar para cambiar el *statu quo* y extender sus

valores. Para el Estado revisionista las ganancias de la estrategia ofensiva (guerra o expansión) exceden sus costos. Desde el realismo ofensivo se fundamenta teóricamente la actuación de los Estados revisionistas: todos los Estados buscan maximizar su poder, pues con ello aseguran su supervivencia dentro del sistema (Snyder, 2002).

Ahora bien, como todas las corrientes teóricas, el realismo ofensivo también afrontó críticas desde varios frentes. Por ejemplo, Snyder (2002) plantea que:

El foco incesante de Mearsheimer en la competencia por seguridad y poder entre grandes potencias necesariamente supone que muchos aspectos de la política internacional, normalmente considerados esenciales, tengan poco tratamiento o sean omitidos por completo (pág. 171).

Aspectos como la política doméstica, los intereses nacionales fuera del ámbito de la seguridad, la cooperación o las instituciones internacionales no figuran dentro del análisis de este enfoque. El análisis sistémico, por sí solo, no basta para dar cuenta de algunos fenómenos que se presentan en la política internacional, por esta razón es pertinente dar una mirada al enfoque que expongo a continuación: el *realismo neoclásico*.

4.2. Realismo Neoclásico: abriendo la caja negra del Estado

El *realismo neoclásico* es una escuela de análisis de política exterior, suscrita dentro del realismo. Los autores de esta escuela “buscan explicar cómo y en qué condiciones, las características internas de los Estados intervienen entre la valoración que hacen los líderes de las amenazas y oportunidades internacionales, y la política exterior real que esos líderes persiguen” (Taliaferro, Lobell, & Ripsman, 2009, pág. 4). En otras palabras, el realismo neoclásico se enfoca en la política exterior como producto de la interacción entre las condiciones sistémicas – la estructura del sistema internacional – y las condiciones internas de los Estados.

El realismo neoclásico plantea que existe una cadena de transmisión imperfecta entre la estructura sistémica, por un lado, y las políticas que los Estados eligen en el ámbito internacional, por el otro. Las condiciones e imperativos sistémicos se filtran a través de la

estructura estatal y afectan las estrategias de los líderes y la forma en la que movilizan y extraen los recursos societales necesarios para adelantar esas estrategias (Taliaferro, Lobell, & Ripsman, 2009). Complementando esta idea, Rose (1998) explica que “las capacidades de poder relativo establecen los parámetros básicos de la política exterior de un país (...) pero no hay una cadena de transmisión perfecta o inmediata conectando las capacidades materiales con el comportamiento en política exterior” (págs. 146-147), esto debido a que esos factores solo tienen una afectación que se da *a través* de variables intervinientes en el nivel estatal o doméstico (Foulon, 2015) (Mijares, 2015).

Siguiendo con esta idea, Rose (1998) expone que los factores sistémicos tienden a trazar la dirección general de la política exterior, más que a definirla de forma precisa; éstos funcionan más como una reducción de las opciones de política aplicables a una situación determinada, antes que como una fuerza que obliga a la selección de un curso de acción particular.

Los proponentes de este enfoque se basan, como se ha mencionado, en los preceptos básicos del realismo. Sin embargo, este enfoque persigue un mayor nivel de sofisticación que sus predecesores: en su análisis la variable independiente es la distribución relativa del poder o estructura del sistema, las restricciones domésticas y la percepción de los líderes son variables intervinientes, y la política exterior es la variable dependiente (Taliaferro, Lobell, & Ripsman, 2009).

Los autores de este enfoque plantean que los Estados responden a la incertidumbre provocada por la anarquía del sistema internacional, buscando controlar y moldear su entorno, y siempre preferirán obtener más influencia externa. Según Rose (1998):

En el largo plazo la cantidad relativa de recursos de poder material que los Estados posean moldeará la magnitud y ambición (...) de su política exterior: mientras su poder relativo aumenta los Estados buscarán más influencia en el exterior, y mientras éste disminuye, sus acciones y ambiciones se reducirán en concordancia (pág. 152).

El realismo neoclásico como corriente teórica es una refinación del neorealismo en la cual la teoría del Estado, la geopolítica y la ciencia política vuelven a ocupar un lugar en el análisis

internacional; “el resultado es un modelo y una agenda de investigación que permite abrir la caja negra del Estado y desplazar la imprecisa metáfora de las ‘bolas de billar’ atribuida al neorrealismo” (Mijares, 2015, pág. 582).

Esta corriente es considerada el siguiente paso lógico en la tradición de pensamiento realista: disminuye la brecha creada por la división entre lo doméstico y lo internacional, e incluye factores de naturaleza cognitiva en el análisis (Foulon, 2015). El realismo neoclásico se une a la preocupación constructivista sobre el rol del agente en la estructura; recupera la reflexión sobre los agentes como sujetos con miedos, percepciones, ideologías y – en general – múltiples fuerzas motivacionales (Mijares, 2015) (Foulon, 2015). En palabras de Rose (1998): “los realistas neoclásicos ocupan un punto medio entre los teóricos puramente estructurales y los constructivistas” (pág. 152).

Teniendo en cuenta lo anterior, el lector podría preguntarse: ¿por qué no se acude a un enfoque constructivista como fundamento teórico para explicar la influencia de la idea del *compatriota* en la anexión de la península de Crimea? Esta elección está justificada por las siguientes razones: en primer lugar, el realismo neoclásico es una teoría de política exterior, y esta investigación propone el estudio detallado de la política de reimprialización, una estrategia con amplia trayectoria histórica en la política exterior rusa.

En segundo lugar, el realismo neoclásico es una teoría que analiza como intervinientes las variables del nivel doméstico. Algunas de ellas son: la percepción de los tomadores de decisión, a través de la cual se filtran las presiones sistémicas; las identidades, socialmente construidas; y la ideología (Schweller, 2009) (Rose, 1998). La presente investigación considera que este tipo de variables son claves para la comprensión del caso de estudio seleccionado, dado que, el *compatriota* es una identidad, una estrategia discursiva que modifica las percepciones y la conducta, teniendo efectos sobre la realidad material. Sin embargo, es necesario enfatizar que las variables sistémicas siguen siendo las variables independientes de análisis. Esto significa que, contrario a lo que plantearía la teoría constructivista, los intereses y presiones sistémicas, y la política doméstica como variable interviniente, son las que condicionan las identidades y no al contrario (Schweller, 2009).

Finalmente, tanto el realismo ofensivo como el realismo neoclásico son teorías cuyo análisis principal pretende explicar el comportamiento de las grandes potencias. Por ejemplo, Mearsheimer prueba la validez de sus planteamientos teóricos a través del estudio de seis grandes potencias en diferentes momentos históricos, entre ellas la Unión Soviética en el periodo 1917 - 1991. En el caso del realismo neoclásico, “los mejores trabajos a la fecha han sido narrativas o estudios de caso sobre cómo las grandes potencias han respondido al aumento o declive del poder material relativo” (Rose, 1998, pág. 154). Este es el caso de los estudios adelantados por autores como Randall Schweller, Thomas Christensen, William Wohlforth y Fareed Zakaria.

A propósito de esto, en el siguiente apartado se revisan los planteamientos de Randall Schweller en uno de sus trabajos: “*Neoclassical realism and state mobilization: expansionist ideology in the age of mass politics*”. Esto con el fin de rescatar algunas propuestas teóricas que ayudan a fundamentar de forma más específica, desde el realismo neoclásico, el caso de estudio de la presente investigación.

4.3. Movilizar mentes y corazones: la ideología expansionista según Randall Schweller

Randall Schweller, uno de los teóricos sobresalientes dentro de la corriente del realismo neoclásico, ha estudiado la habilidad de las grandes potencias para movilizar los recursos que sustenten sus estrategias expansionistas, específicamente en los casos en que éstas persiguen la hegemonía regional (Schweller, 2009). Este es el tema principal de su texto titulado “Realismo Neoclásico y movilización del Estado: ideología expansionista en la era de la política de masas”⁶.

El argumento de este capítulo es que la ideología juega un rol fundamental y necesario, al ser el instrumento que permite a los líderes extraer y movilizar los recursos y el apoyo popular necesarios para emprender estrategias hegemónicas; afirmación que es especialmente cierta para el caso de las potencias revisionistas. El análisis sistémico requiere un componente

⁶ Título en idioma original: “*Neoclassical Realism and state mobilization: expansionist ideology in the age of mass politics*”. Este texto es el octavo capítulo del libro “*Neoclassical Realism, The State and Foreign Policy*”, compilado por Jeffrey Taliaferro, Norrin Ripsman y Steven Lobell.

ideacional que permita explicar por qué algunos Estados toman ventaja de las condiciones sistémicas, mientras que otros no lo hacen; ese componente es la ideología (Schweller, 2009).

Basándose en los planteamientos generales del realismo ofensivo – según el cual la incertidumbre y desconfianza entre los Estados en el sistema internacional los motivará a buscar la hegemonía, a través de la expansión, con el fin de garantizar su seguridad – el autor supone que deberían haberse observado en el sistema muchos intentos de expansión con fines hegemónicos. Sin embargo, es todo lo contrario:

Ha habido relativamente pocas apuestas por la hegemonía en la historia reciente (...) Estados potencialmente poderosos, como India, China, Sudáfrica, Nigeria, Indonesia y Brasil han optado por seguir siendo hegemones regionales potenciales, en lugar de reales. Ninguno ha siquiera contemplado, mucho menos perseguido activamente, una estrategia para alcanzar ese deseado estatus (Schweller, 2009, pág. 232).

¿Por qué? El autor asegura que este fenómeno se debe a la naturaleza misma de los Estados. La expansión territorial es posible y viable cuando se manifiesta un deseo colectivo de poder imperial, deseo que es compartido por las élites, el gobernante y la sociedad en general. Esta relativa homogeneidad en la opinión pública no se presenta con frecuencia, y para lograrla, los líderes deben difundir fuertes ideas expansionistas capaces de movilizar a los ciudadanos, y unificarlos en torno a un objetivo común (Schweller, 2009).

Teniendo esto en cuenta, la idea que presenta el autor es la siguiente: a través del uso de las técnicas modernas de movilización de las masas, esto es, el control de las pasiones, miedos y percepciones de los ciudadanos a través de la propaganda, los Estados son capaces de producir el apoyo popular necesario para las estrategias expansionistas (Schweller, 2009). En el análisis propuesto por el autor, un caso que sirve de ejemplo es la expansión de las Potencias del Eje a través de la ideología fascista durante la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto, la manipulación de la opinión pública a través de propaganda racista y de la exaltación constante del miedo, logró que las masas desarrollaran un nacionalismo apasionado, y se unieran en torno al partido fascista y al Estado, apoyando su deseo por maximizar su poder y sus campañas expansionistas (Schweller, 2009).

Ahora bien, el análisis de Schweller (2009) sobre la expansión territorial propone que, en la modernidad, este tipo de estrategia requiere un Estado unificado que cumpla tres características: en primer lugar, un consenso entre las élites en torno a la estrategia expansionista; en segundo lugar, un régimen político estable y efectivo con la autoridad necesaria y suficiente para perseguir una política exterior riesgosa; y finalmente, una opinión pública favorable, que apoye las políticas expansionistas del Estado y esté dispuesta a sacrificarse para implementarlas.

Para [lograr] este tipo de unidad entre las élites y el pueblo, el Estado debe poseer una ideología capaz de movilizar las pasiones hacia un fervor nacionalista (...) Los principios realistas deben impregnarse de contenido ideológico que despierte los corazones y mentes de la gente común (Schweller, 2009, págs. 247-250).

En suma, el factor que explica la “timidez” de las potencias en la historia reciente es la poca capacidad que tienen los Estados a la hora de movilizar los recursos necesarios para sustentar una política expansionista. Esto se debe, en gran medida, a la ausencia de una ideología capaz de “vender” la idea del expansionismo a la opinión pública, y de generar el apoyo necesario para avanzar una estrategia de política exterior de alto riesgo (Schweller, 2009).

De acuerdo con lo planteado hasta el momento, es posible afirmar que las identidades juegan un papel crucial, pues logran determinar, en gran medida, la disposición y capacidad del Estado para movilizarse hacia la expansión territorial (Schweller, 2009). En este sentido, es pertinente dar una mirada más profunda a una de las herramientas preferidas por el Estado para la creación de identidades, imaginarios y percepciones: la propaganda.

4.4. La pieza faltante: el compatriota como una estrategia de propaganda

Como se mencionó anteriormente, la comprensión del caso de estudio que propone esta investigación no estaría completa sin una pieza clave: el análisis de la idea del *compatriota* como una forma de propaganda. Una vez establecidas las teorías de relaciones internacionales que permiten fundamentar la política exterior de la Federación Rusa y su ambición expansionista históricamente determinada, es pertinente analizar el rol específico

del *compatriota* dentro de este proceso. Para ello, es crucial comprender cómo las formas comunicativas tienen un efecto tangible sobre la realidad material, a través de la influencia sobre las percepciones e ideas de la sociedad. El concepto de *propaganda*, ampliamente estudiado por la disciplina de la comunicación, sirve justamente a este propósito.

Al término “propaganda” se le han asignado múltiples definiciones a lo largo de la historia. En general, puede definirse como “la actividad, o el arte, de inducir a otros a comportarse de una forma en la que no lo harían en su ausencia” (Fraser, 1957, pág. 1) a través de la comunicación. Pratkins y Aronson (1994) definen propaganda de la siguiente forma:

El término propaganda significa sugestión o influencia sobre las masas mediante la manipulación de los símbolos y de la psicología individual. La propaganda es la comunicación de un punto de vista con la finalidad última de que el destinatario llegue a aceptar *voluntariamente* esta posición como si fuese suya (págs. 28-29).

Este concepto solo se empezó a utilizar de forma generalizada hasta inicios del siglo XX con la Primera Guerra Mundial, y actualmente se refiere a las técnicas masivas de persuasión propias de la sociedad postindustrial; sin embargo, sus orígenes podrían remontarse a influencias tan diversas como el sofismo y la retórica de la Antigua Grecia, o las tácticas para la propagación de la fe cristiana del siglo XVII (Pratkins & Aronson, 1994).

Algunas de las ideas y planteamientos más importantes sobre este concepto fueron expuestas por Edward Bernays en el periodo de entreguerras. Bernays es considerado uno de los personajes más influyentes en el campo de la “manipulación de las noticias, los medios, la opinión, así como la práctica sistemática y a gran escala de la interpretación y presentación sesgadas de los hechos” (Baillargeon, 1928, pág. 12); un fenómeno que fue definitorio del siglo XX por su considerable importancia política (Carey, 1995).

Para este autor “la propaganda es psicología aplicada” y es “un intento por dar valor a una idea encontrando y declarando el común denominador entre la idea y el interés público” (Bernays, 1936, pág. 744). La importancia de la propaganda reside en que “altera las imágenes mentales que nos formamos del mundo” (Bernays, 1928, pág. 73). De esta característica se deriva su poder y el consecuente aumento de su utilización con fines de todo

tipo. De forma más contundente, es posible afirmar que “la propaganda es el mecanismo por el cual se diseminan las ideas a gran escala, en el sentido amplio de un proyecto organizado para extender una creencia o una doctrina particular” (Bernays, 1928, págs. 64-65).

Bernays plantea que en las sociedades democráticas modernas existe un *gobierno invisible* – un grupo reducido de personas altamente calificadas – cuyo propósito es manipular, de forma consciente e inteligente, los hábitos y opiniones organizados de las masas. Este, según el autor, es un hecho indiscutible y se extiende a todos los ámbitos de la vida cotidiana: “en consecuencia, se intenta sin descanso y con todo ahínco capturar nuestras mentes en beneficio de alguna política, artículo o idea” (Bernays, 1928, pág. 52)

La definición que Bernays (1928) propone para el término propaganda es la siguiente:

La propaganda moderna es el intento consecuente y duradero de crear o dar forma a los acontecimientos con el objetivo de influir sobre las relaciones del público con una empresa, idea o persona (...) Es universal y continua, y se salda con la imposición de una disciplina en la mente pública, tanto como un ejército impone disciplina en los cuerpos de sus soldados (págs. 70-71)

Además, “en nuestra organización social actual, la aprobación del público resulta crucial para cualquier proyecto de gran calado”, por lo cual los movimientos pueden fracasar si no logran el apoyo de la opinión pública (Bernays, 1928, pág. 72). Lo anterior permite referirse a un aspecto fundamental: la propaganda exitosa es aquella que construye o fabrica un *consenso* de la opinión pública en torno a un aspecto puntual definido previamente (Chomsky & Herman, 1990).

La propaganda entendida en este sentido es, entonces, un desarrollo relativamente reciente. De acuerdo con Pratkanis y Aronson (1994), el panorama actual de la persuasión difiere enormemente de los del pasado en muchos sentidos, pero el principal es que vivimos en un entorno saturado de mensajes e imágenes persuasivas. Este fenómeno guarda una relación estrecha con la revolución tecnológica que tuvo lugar a finales del siglo XX –principalmente en torno a las tecnologías de la comunicación e información–, y que reconfiguró la base

material de la sociedad a un ritmo acelerado, penetrando todos los ámbitos de la vida humana (Castells, 2005).

En el mundo contemporáneo, la capacidad de percepción de los aspectos tangibles e intangibles de la vida cotidiana está fuertemente influenciada, más que en épocas anteriores, por las tecnologías de información y comunicación. Hoy en día, la propaganda es – de forma más evidente – un arma poderosa en manos de los Estados. En este caso, el alcance de la identidad del *compatriota*, como forma de propaganda, logró conseguir un cambio material en la realidad internacional mediante la anexión de Crimea, en favor de los intereses rusos en la zona postsoviética. Por esta razón, el rompecabezas planteado por la presente investigación no estaría completo sin la pieza de la propaganda.

5. Capítulo 1: la narrativa estratégica del compatriota en la política exterior rusa

“The bear won’t even bother to ask permission... He is the master of the taiga... It does not intend to move to any other climatic zones where it would be uncomfortable, but he will not let anyone have its taiga either” – Vladimir Putin, 2014⁷

Como se ha venido desarrollando hasta el momento, el eje central de la presente investigación es la identidad políticamente construida del *compatriota*. Sin esta sería imposible comprender en su totalidad el proceso de reimperialización emprendido por la Federación Rusa en la zona postsoviética, y – asimismo – la anexión de la península de Crimea en 2014. En palabras de Grigas (2016):

No hay concepto más nebuloso ni potencialmente más importante para la geopolítica del antiguo espacio soviético que el de “compatriotas rusos”. Los compatriotas han cumplido un rol importante en la búsqueda de Rusia por reestablecerse a sí misma como una gran potencia en el escenario internacional (pág. 57).

⁷ Fragmento adaptado del discurso del presidente ruso Vladimir Putin en la reunión del Club Internacional de Discusión Valdai. Referencia: Putin, V. (25 de abril de 2005). *President of Russia*. Obtenido de Annual Address to the Federal Assembly of the Russian Federation: <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931>

5.1.El compatriota: “aquel que está con la patria”

El punto de partida se ubica en un momento histórico específico: la caída de la Unión Soviética en 1992. “Cuando la Unión Soviética colapsó, unos 25 millones de rusos étnicos vivían en las 14 repúblicas no rusas, mientras otros 7 millones estaban repartidos por todo el globo” (Ziegler, 2006). Estas personas, antes ciudadanos soviéticos, se encontraron repentinamente por fuera de las fronteras recién establecidas de la Federación Rusa.

Como Estado heredero de la desaparecida Unión, se esperaba que la Federación Rusa adoptara medidas para facilitar el retorno de estos ciudadanos. Sin embargo, el colapso había sumido al país en una crisis económica, y había supuesto todo tipo de dificultades administrativas. Por tanto, la solución en ese momento fue agrupar a esa heterogénea mezcla de ciudadanos bajo la categoría *compatriota* (Grigas, 2016).

Desde entonces, “las relaciones con la antigua Unión Soviética han sido la prioridad que conduce la política exterior rusa” (Nalbandov, 2016, pág. 185), una tendencia que se acentuó con la llegada de Vladimir Putin a la presidencia en el 2000. Desde inicios de esa década, las políticas y la idea del compatriota “han servido a una función integrativa: la de unir al pueblo ruso y a las tierras extranjeras donde este reside bajo la bandera de la Federación Rusa” (Grigas, 2016, pág. 57).

Ahora bien, la palabra rusa *sootchestvennik* (compatriota) se refiere, normalmente, a los rusos étnicos y a las personas ruso-parlantes que residen permanentemente por fuera de la Federación Rusa. El término tiene connotaciones no solo étnicas y culturales, sino también lingüísticas, políticas e incluso espirituales (Grigas, 2016). Por ejemplo, los ucranianos, bielorrusos o judíos que viven en alguna de las antiguas repúblicas soviéticas y que, cultural o lingüísticamente, se han *rusificado* son clasificados, junto con los rusos étnicos, como *compatriotas* (Ziegler, 2006).

También está el caso de los rusos étnicos que migraron por trabajo, o aquellos deportados a las repúblicas no rusas en tiempos soviéticos, más notoriamente durante la época estalinista. Al desintegrarse la Unión, estas personas permanecieron en su lugar de residencia, y

adquirieron la ciudadanía de los nuevos Estados, integrándose e identificándose como nacionales de las antiguas repúblicas (Grigas, 2016) (Pieper, 2018).

Así las cosas, el término *compatriota* se ha referido – dependiendo de la necesidad o momento histórico – a un grupo que está entre los 25 y los 150 millones de personas. En el sentido más estricto, los compatriotas son aquellos rusos étnicos que residen por fuera de las fronteras de la Federación Rusa. En un sentido más amplio, el compatriota es todo ruso (étnico o no) que utiliza el idioma de forma significativa o exclusiva en su vida diaria, es decir, un ruso parlante (Grigas, 2016). Bajo este criterio, el número de personas incluidas en la categoría aumenta de forma significativa, al trascender la etnicidad y enfocarse en factores culturales y lingüísticos. Finalmente, en el sentido más amplio del término, el compatriota es toda persona descendiente de ciudadanos soviéticos. En este caso, se incluyen otros individuos y grupos étnicos – totalmente distintos entre sí – que pueden incluso no hablar ruso, o jamás haber estado en Rusia, pero que, según esta definición, guardan algún tipo de vínculo político, cultural o histórico con la Rusia histórica (Grigas, 2016).

5.2. Rusia: ¿Estado-nación?

Es importante resaltar que, para los rusos, la percepción de las fronteras estatales de las antiguas repúblicas es borrosa debido a la larga y sostenida presencia que han tenido en la región. Recordemos que esta se extiende desde el Mar Báltico, bajando por Europa Oriental, el sur del Cáucaso y luego hacia el oriente, recogiendo Siberia y las estepas de Asia Central. En la era postsoviética los conceptos de nación y espacio se han visto desafiados por la emergencia de nuevas fronteras y de 15 Estados independientes (Ziegler, 2006).

En palabras de Nalbandov (2016): la Rusia moderna mantiene presente la memoria de la convivencia con esos Estados que hoy son independientes; esta historia común se remonta al siglo XVI, con la unidad bajo el Imperio Ruso, y se fortalece con la unidad política que le sucedió en 1922, la URSS. De esto se deriva el interés de Moscú por seguir actuando como núcleo de todas aquellas naciones que han jugado un papel en el proyecto expansionista y que se han unido bajo la sombrilla de la estatalidad rusa.

Así las cosas, fueron los patrones de migración rusos y las lógicas de expansión imperial los que hicieron necesario construir la identidad colectiva de “nación” en torno a factores lingüísticos, religiosos y culturales, antes que factores biológicos como la consanguinidad (Ziegler, 2006). En este caso la identidad del compatriota se basa, entonces, en vínculos psicológicos y emocionales, no solo en los puramente étnicos (Nalbandov, 2016).

A continuación, se mencionan algunas de las características que el Estado ruso considera comunes entre la diáspora rusa y la “madre Patria”: los constructos identitarios entre ucranianos, rusos y bielorrusos, las tres naciones eslavas; la identidad de la iglesia cristiana ortodoxa; la colectivización alcanzada en las primeras décadas de la URSS; los programas educativos y el progreso social en las repúblicas del Asia Central durante la era soviética; la victoria común sobre la amenaza de la Alemania Nazi y los esfuerzos de reconstrucción de la posguerra; y algunos logros tecnológicos como las armas y plantas nucleares, y los programas de exploración espacial. “Estos puntos de historia común representan los pilares de la identidad rusa moderna, Rusia los usa para construir su futura estatalidad” (Nalbandov, 2016, pág. 190).

En suma, todos los grupos con una conexión cultural o histórica con Rusia y las minorías ruso-parlantes en el exterior fueron *diasporizados* mediante una categorización común bajo la identidad del compatriota. De esta forma, “la diáspora rusa fue reconstruida políticamente por Moscú” (Grigas, 2016, pág. 3) desde la década de 1990. Dada la complejidad de los procesos mencionados, la definición de la categoría del *compatriota* ha tenido dificultades, no siempre ha sido claro quién debería ser considerado un compatriota, o bajo qué criterios (Pieper, 2018). En ese sentido, la proclamación de la “Ley del Compatriota” a finales de la década de 1990, y su revisión y ajuste en 2010, fue un paso decisivo en este proceso.

5.3. *La conceptualización del compatriota*

La presidencia de Boris Yeltsin (1991-1999) estuvo marcada por la atención privilegiada a EE. UU. y la UE. Sin embargo, las presiones nacionalistas internas obligaron al gobierno a intentar restablecer las relaciones con el “extranjero cercano”, con el fin de recuperar la

influencia de Rusia en la región (Ziegler, 2006). Uno de los temas de interés en este momento, precisamente, era la conceptualización de la diáspora.

De acuerdo con Ziegler (2006), durante la década de 1990 “la legislación relacionada con los rusos viviendo en el exterior se enfocó en gran parte en promover sus derechos dentro del país anfitrión, particularmente aquellos referidos al idioma, la cultura y la ciudadanía” (pág. 117). Sin embargo, la desintegración de la Unión supuso la desaparición de la identidad soviética y el nacimiento de una nueva generación que no estaba atada a esa experiencia. Esto, sumado al cambio en el ambiente político, expuso la necesidad de definir una nueva identidad, precisamente la del *compatriota*, como parte de la identidad rusa, que se encontraba en transición (Kozin, 2015).

En 1999, la administración de Yeltsin sancionó la ley No. 99-FZ “concerniente a la política de Estado de la Federación Rusa sobre los compatriotas en el exterior”, aprobada por la Duma el 5 de marzo. Según Kozin (2015):

The 1999 law should be considered a significant achievement already because it was the first Russian law of its kind as it came from a sociocultural perspective rather than a political or economic one in that it addressed the “outside” Russian communities as Russia’s “own”, thereby extending the national identity outside the Russian territory. Moreover, it aspired to rename that identity, thus presenting the Russians as a new national ethnos (pág. 286)⁸.

La ley inicia con un preámbulo que establece que la Federación Rusa se reconoce a sí misma como la legítima sucesora de la URSS y que la condición de ciudadanía se correlaciona con el principio de continuidad de la estatalidad rusa (Ley N° 99-FZ, 1999). La ciudadanía rusa tenderá, según esto, a propender por la continuidad de la estatalidad rusa, sin importar cuál sea la forma que esta adquiera. De lo anterior se puede suponer que la soviética tiene su continuidad en la ciudadanía rusa, y, por ende, aquellos que tenían el estatus de “ciudadano soviético” son herederos de la “nueva” ciudadanía de la Federación Rusa.

⁸ Se mantiene la cita en su idioma original, con la intención de no distorsionar la idea del autor a través de la traducción.

Estas premisas son importantes porque, de acuerdo con lo expuesto en la presente investigación, una de las características de la política exterior rusa es su orientación imperial, y su vocación por establecerse como una gran potencia a nivel internacional. En el fondo, esta característica explica el proyecto de reimperialización emprendido por Moscú en la era postsoviética.

Ahora bien, el primer artículo de la ley aborda la preocupación principal: la definición del compatriota. El texto parte de la siguiente definición: “los compatriotas son los ciudadanos rusos que viven permanentemente por fuera del territorio de la Federación Rusa”. Esta definición corresponde a lo que normalmente se entiende por una diáspora. Sin embargo, en 2010, el gobierno ajustó la ley extendiendo la categoría del compatriota mediante las siguientes consideraciones: compatriotas también son los descendientes de los pueblos que, históricamente, han ocupado el territorio ruso, y aquellos que tienen vínculos de carácter espiritual o cultural con la Federación. Entre estos se destacan los ciudadanos soviéticos, que obtuvieron la ciudadanía de las antiguas repúblicas cuando éstas se independizaron o bien, aquellos que terminaron en condición de apatridia tras la disolución de 1992 (Kozin, 2015).

Además de esto, la ley contiene varias consideraciones en torno a la relación entre Rusia y los compatriotas, algunas especificidades legales, y la dirección general de las políticas de Moscú en este ámbito. Sin embargo, la conceptualización del *compatriota* como nueva identidad políticamente construida por la madre patria, con el fin de mantener vínculos (históricos, culturales, lingüísticos) con la diáspora rusa, es el principal aporte de esta ley.

Finalmente, es pertinente resaltar una particularidad de la Ley del Compatriota: el texto entiende al compatriota como parte integral de la nación rusa, lo incluye dentro de su esfera de propiedad, legitimando así todo tipo de acciones dirigidas a él (Kozin, 2015). Por esta razón, una vez conceptualizado, el *compatriota* se convierte en uno de los instrumentos más importantes de la política exterior rusa en la era postsoviética.

5.4. La cooperación humanitaria y el compatriota como herramienta de política exterior

Teniendo en cuenta lo anterior, es posible afirmar que el *compatriota* es más que una abstracción. A continuación, se expondrá cómo el *compatriota* se convirtió un instrumento de propaganda con un papel central en la política exterior de la Federación Rusa.

El artículo 5 de la Ley del Compatriota declara que la política estatal de la Federación Rusa con respecto a la diáspora es parte integral tanto de la política doméstica, como de la política exterior rusa. En esta misma línea, el artículo 9 especifica que las relaciones con los antiguos ciudadanos soviéticos tienen prioridad para la Federación Rusa. Además, establece como objetivos el apoyo y protección de los intereses y derechos de los compatriotas dentro de los Estados que los acogen (Ley N° 99-FZ, 1999).

A partir de la década de 2000, el término *compatriota* empezó a figurar con mayor frecuencia en los documentos oficiales. En el CPE queda consignado que uno de los principales objetivos de la política exterior rusa es asegurar la protección exhaustiva y efectiva de los derechos de los ciudadanos rusos y de los compatriotas (Committee of International Affairs of the State Duma, 2016). Más específicamente:

Rusia persigue los siguientes objetivos: (...) proteger los derechos e intereses legítimos de los compatriotas en el exterior, sujeta al derecho internacional y a los tratados celebrados por la Federación Rusa, reconociendo la contribución significativa de los compatriotas en la preservación y promoción de la cultura e idioma rusos (Committee of International Affairs of the State Duma, 2016, pág. 11).

Además, el mismo documento resalta el interés de Moscú por “facilitar la preservación de la identidad de la diáspora rusa y sus vínculos con la patria histórica, así como el retorno voluntario de los compatriotas a la Federación Rusa” (Committee of International Affairs of the State Duma, 2016, pág. 12).

Llama la atención que, en el ámbito de política exterior, las políticas referentes a la diáspora suelen clasificarse dentro de la categoría denominada *Cooperación Internacional Cultural y Humanitaria*. Respecto a esto, Pieper (2018) observa que: “la delgada línea entre la diplomacia y las relaciones públicas está en la distinción entre comunicar las políticas y

venderlas” (pág. 2). La referencia al campo de las *relaciones públicas* se puede interpretar como una referencia al campo de la propaganda.

La “cooperación humanitaria” es un eufemismo bajo el cual se agrupan las políticas dirigidas hacia los compatriotas y que abarcan todo tipo de medidas, desde las culturales hasta las militares, como se mostrará más adelante. El *compatriota* es una construcción identitaria que se ha utilizado en diversos campos y que ha tendido – desde inicios de los 2000 – a la securitización y a la politización.

En la Doctrina Militar, vigente desde 2014, queda establecido el derecho legítimo de la Federación Rusa a emplear las Fuerzas Militares (FF. MM.) para repeler la agresión en contra de sí misma o de sus aliados, y para proteger a sus ciudadanos en el exterior. La acción de las FF. MM. en territorio de otros Estados es válida con el fin de proteger los intereses nacionales, a los ciudadanos establecidos fuera de las fronteras de la Federación, y en aras del mantenimiento de la paz y seguridad internacionales (Committee on International Affairs of the State Duma, 2014).

Además, el mismo documento establece que una de las tareas asignadas a las Fuerzas Armadas en tiempos de paz es la protección de los ciudadanos rusos en el exterior, especialmente cuando haya un ataque en su contra (Committee on International Affairs of the State Duma, 2014). Detrás de este hecho está, entre otros factores, la noción de Moscú sobre su responsabilidad de proteger a los compatriotas, sin importar dónde se encuentren, y a pesar de que esta protección pueda entrar en tensión con la soberanía de otros Estados. En suma, en la Doctrina Militar se establece explícitamente la utilización de la fuerza bajo la justificación de la “protección” de la diáspora; así, bajo las condiciones adecuadas la acción militar está “justificada” en la normativa nacional.

Como señala Grigas (2016) las políticas del compatriota han sido analizadas como una forma de poder blando, y dentro de la dimensión “humanitaria”. Sin embargo, estas políticas han evolucionado al punto de ser una herramienta estratégica utilizada para cumplir fines geopolíticos y de política exterior, y deben ser consideradas como tal. “Putin reconoció que una defensa nacionalista de los ciudadanos en el exterior puede ser un medio para aumentar

la influencia rusa en la CIS y en el Báltico” (Ziegler, 2006, pág. 118), y mejorar así su posición de poder en el sistema internacional.

Es importante resaltar que la promoción de los intereses de los compatriotas es una política popular en la élite política rusa. El sector nacionalista, representado principalmente en el Parlamento por el Partido Comunista de la Federación Rusa CPRF y el Partido Liberal-Demócrata de Rusia, LDPR, se caracteriza por su aversión hacia Occidente, y promueve el establecimiento de una influencia cada vez mayor en la zona postsoviética. Esto, mediante propuestas que varían desde la restauración de las fronteras de la URSS, hasta la unificación de los pueblos eslavos bajo un mismo Estado (Kuchins & Zevelev, 2012). En este contexto, la diáspora rusa empezó a ser considerada una herramienta ideal para reconstruir la identidad rusa, y restablecer la influencia de Moscú en los nuevos Estados (Sencerman, 2018).

Vladimir Putin es el líder que más años lleva gobernando desde el nacimiento de la Federación Rusa, pues *de facto* ha estado en el poder desde diciembre de 1999 hasta su actual periodo (2018-2024). Durante este tiempo, Putin ha construido las políticas del compatriota sobre las bases de las políticas étnicas de Stalin y los avances legislativos de Yeltsin, y las ha convertido en una herramienta poderosa en el camino de la reimperialización de las antiguas repúblicas soviéticas (Grigas, 2016).

Inicialmente, las políticas hacia los compatriotas tenían que ver – casi exclusivamente – con la referencia formal a ese nuevo “grupo” a través de los documentos oficiales. Más adelante, hacia 2002, se adoptaron campañas de “pasaportización”, que facilitaban a los antiguos ciudadanos soviéticos obtener la nacionalidad de la Federación Rusa. Unos años más tarde empezaron las campañas que apoyaban el retorno voluntario de los compatriotas, y su restablecimiento dentro del territorio ruso. De ahí en adelante, Moscú empezó a financiar todo tipo de programas dirigidos a la diáspora: programas de provisión de información, intercambios académicos, academias de enseñanza del idioma, entre otros (Grigas, 2016).

Una de las áreas de mayor acogida entre los compatriotas es la de los medios de comunicación de habla rusa. Moscú dirigió esfuerzos a apoyar la apertura de nuevos medios (televisión, prensa, radio, portales web, etc.) en las antiguas repúblicas. Estos se han convertido en una

fuerte influencia en términos de identificación de la diáspora con Rusia, y con los imaginarios que allí se promueven (Grigas, 2016).

Este conjunto de acciones – las políticas del compatriota – se redujo al campo cultural de forma casi exclusiva hasta 2008. Con la Guerra de Georgia, Rusia puso en práctica la “protección” de los compatriotas a través del uso de la fuerza en territorio extranjero. Esta actitud “agresiva” en defensa de la diáspora supuso la primera manifestación real de las intenciones revisionistas rusas en la era postsoviética (Sencerman, 2018). Ahora bien, en el caso específico de Ucrania, la instrumentalización de la diáspora fue el paso preparatorio antes de proceder a la anexión de la península de Crimea.

En resumen, en el presente capítulo se describió la forma que adoptaron las políticas del compatriota, una vez conceptualizada esa construcción discursiva. Inicialmente Rusia evoca los vínculos culturales, lingüísticos, económicos, etc., que tiene con la diáspora, y con los Estados de la zona postsoviética. A continuación, se abre paso a la formulación de políticas “humanitarias” y de asistencia dirigidas a los compatriotas, y a la formalización de la relación con Rusia a través de la emisión de pasaportes y leyes específicas en la materia.

Una vez que se ha construido exitosa y minuciosamente la base legal de las acciones dirigidas a los compatriotas, la retórica y la propaganda juegan un rol crucial. Así, la percepción de que existe una “necesidad” urgente de protección de los compatriotas en los territorios donde se encuentran, da paso a acciones específicas que responden a la “responsabilidad” del Estado ruso. La “protección” de los compatriotas, contemplada en los documentos oficiales y en la formulación general de la política exterior, estaría justificada bajo esa lógica. En el caso de Ucrania, la situación de tensión entre el gobierno y los ciudadanos en la región suroriental del país presentó a Rusia el contexto de “amenaza” perfecto, para intervenir con la bandera de la protección de los compatriotas en Crimea.

6. Capítulo 2: Crimea regresa a casa

“For the past several years Putin was brainwashing the Russians: he implanted them with a virus of inferiority complex towards the West, the belief that the only thing we can do to amaze the world is use force, violence and aggression”

Boris Nemtsov, 2015

La anexión de la península de Crimea, el 18 de marzo de 2014, fue únicamente la expresión visible y tangible de un proceso que ya Rusia venía adelantando casi desde la caída de la Unión Soviética. Este caso, usualmente asociado a explicaciones geopolíticas, debe ser analizado de forma complementaria desde otra perspectiva. En palabras de Roberts (2017):

Las explicaciones estructurales tradicionales de la política exterior rusa (...) no consideran adecuadamente la influencia de la identidad en la narrativa de la política exterior de Putin. La narrativa de Putin moldea, y está moldeada por un discurso sobre vínculos históricos y culturales con las tierras fronterizas de Rusia (...) Este discurso ha acentuado el giro hacia una política más militante, preparada para proteger y defender los intereses nacionales de Rusia a un alto costo. Las acciones rusas en Crimea lo ejemplifican (Roberts, 2017, pág. 28).

El caso de Crimea expone cómo Rusia “usa las minorías, y los asuntos culturales y lingüísticos para hacer explotar a los Estados vecinos desde adentro” (Nemtsov, 2015). Según Grigas (2016), desde mediados de los 2000 Moscú “ha cortejado a la diáspora rusa, los ha conceptualizado como *compatriotas*, ha intentado unirlos en un ‘Mundo Ruso’ y les ha dado pasaportes. La protección militar de los compatriotas y nuevos ciudadanos ha sido el paso siguiente” (pág. 26). Esto da a entender que la construcción e instrumentalización de la identidad del *compatriota* es un proceso previo al uso de herramientas más comúnmente asociadas al poder duro, y que hace posible – como en el caso de Crimea – el apoyo de la opinión pública frente a políticas más agresivas.

6.1. Ucrania es la joya de la corona

En 2013 Ucrania se encontraba en medio de las negociaciones para consolidar un acuerdo de asociación con la Unión Europea que profundizaría las relaciones económicas y políticas entre las partes. El presidente de Ucrania, Viktor Yanukovich había mantenido una relación más cercana a Rusia desde su elección en 2010, “sin embargo, al ir decayendo su popularidad de cara a la siguiente elección en 2015, había revivido la posibilidad de fortalecer las relaciones con Europa, algo que apoyaba fuertemente la oposición del país” (Lee-Meyers, 2017, pág. 457).

Para Putin la posibilidad de la expansión de Europa, sobre todo al incluir a Ucrania, “equivalía a una intrusión en Rusia que, en su mente, sería seguida por la intrusión ulterior de la OTAN” (Lee-Meyers, 2017, pág. 458). El CPE establece que la expansión geopolítica del bloque europeo a través de la OTAN y de la UE, junto con la negativa de implementar un marco común de seguridad y cooperación, ha resultado en una crisis de las relaciones entre Rusia y los Estados occidentales y que “la política de contención adoptada por EE. UU. y sus aliados en contra de Rusia (...) deteriora la estabilidad regional y global” (Committee of International Affairs of the State Duma, 2016, pág. 14).

Del mismo modo, en la Doctrina Militar también se establece que la principal amenaza militar proveniente del exterior es el fortalecimiento del potencial de la OTAN y su expansión hacia las fronteras rusas (Committee on International Affairs of the State Duma, 2014, pág. 3). En este sentido, la percepción de peligro e inseguridad crecientes en manos del bloque europeo y de EE. UU. es un aspecto determinante de la política exterior de la Rusia de Putin.

Moscú ha buscado, especialmente en la última década, la reunificación del bloque “euroasiático” tras el derrumbe de la URSS. En palabras de Lee-Meyers (2017): “Putin visualizaba el bloque no solo como un contrapeso a la UE, sino más bien como un nuevo imperio en sí mismo” (pág. 458). Por lo cual, la constante competencia geopolítica entre Rusia/Eurasia y el bloque occidental (anglosajón/europeo) se ha manifestado en diversos escenarios, entre ellos, Ucrania.

En palabras de Lee-Meyers (2017): “de todos los países que Putin esperaba unir en la Unión de Eurasia, ninguno era tan importante como Ucrania, con sus hondos lazos históricos, sociales y religiosos con Rusia (...) y ahora estaba volcándose al abrazo de la Unión Europea” (pág. 459). Así las cosas, Moscú aplicó todo tipo de medidas para persuadir a Kiev de no firmar el acuerdo, y el 21 de noviembre de 2013 el gobierno de Yanukovich anunció que su país daría marcha atrás.

Esa noche empezaron las manifestaciones en la plaza principal de Kiev, Maidán Nezalézhnosti, que se volvieron multitudinarias. Incluso con la llegada del invierno, los manifestantes se mantuvieron firmes en sus demandas, y la violencia empezó a ser cada vez mayor. “Lo que había comenzado como manifestaciones pacíficas en favor del acuerdo con la UE había crecido desde noviembre hacia un movimiento más amplio para deponer el régimen corrupto de Yanukovich” (Lee-Meyers, 2017, pág. 469).

En febrero de 2014 Putin puso en marcha una serie de operaciones militares secretas movilizando a las tropas de operaciones especiales de élite sin insignias. A través de la ocupación de los edificios del gobierno, y de la celebración de un referendo “que se realizó bajo el cañón de los rifles rusos y fue condenado ampliamente como una farsa” (Lee-Meyers, 2017, pág. 475), Rusia se anexó la región de Crimea. El 18 de marzo desde la Plaza Roja de Moscú, Putin dijo: “Luego de una jornada larga, dura y extenuante en el mar, Crimea y Sebastopol están regresando a su puerto de partida, a las orillas nativas, al puerto de casa, ¡a Rusia!” (Lee-Meyers, 2017, pág. 476).

Este suceso ha tenido múltiples interpretaciones. Una de las más discutidas es la siguiente: desde la perspectiva del realismo ofensivo, la anexión de la península de Crimea corresponde a una acción orientada a la maximización del poder. Rusia, como hegemón potencial, busca incrementar su poder a partir del control del territorio, como respuesta a un contexto anárquico y de inseguridad. La expansión del bloque europeo hacia el oriente representa, como se ha expuesto, una amenaza para los intereses nacionales de Rusia. En ese sentido, la desconfianza frente a las intenciones del bloque occidental incentivó la actuación agresiva de Rusia con el fin de asegurar su posición de poder y garantizar su propia seguridad.

Ahora bien, es fundamental considerar también algunas características domésticas que influyeron en el curso de acción que terminó con la anexión de la península. Según plantea Schweller (2009), la expansión territorial es posible cuando se manifiesta un deseo colectivo de poder imperial. En este sentido, el papel del creciente nacionalismo y del conservadurismo entre las élites rusas, es un aspecto fundamental del análisis.

En términos generales, las élites políticas rusas se pueden dividir en tres grupos principales: los liberales prooccidentales, los promotores del balance entre potencias y los nacionalistas. En este último grupo se encuentran los partidos políticos, intelectuales y académicos que son aversos a los intereses occidentales, y que promueven la dominación natural de Rusia sobre el espacio postsoviético como parte de su identidad (Kuchins & Zevelev, 2012).

Los grupos nacionalistas desafían las fronteras actuales de la Federación Rusa y proponen cursos de acción diversos: desde la reconstrucción de un Estado ruso con las fronteras soviéticas, pasando por propuestas paneslavistas, hasta la creación de protectorados o zonas tapón alrededor de las fronteras existentes hoy (Kuchins & Zevelev, 2012).

Además, en el círculo interno de Putin la ideología del “eurasianismo”, la Unión de Eurasia, se hizo cada vez más prominente.

Estas ideas, defendidas en artículos y libros por estrategas conservadores como Aleksandr Dugin (...) circulaban entre los más allegados a Putin y eran analizadas en sus reuniones tardías a la noche; y cada vez condimentaban más las declaraciones públicas no solo de Putin, sino de sus consejeros más poderosos (Lee-Meyers, 2017, pág. 458).

A lo anterior se le sumó la tendencia crecientemente conservadora de la política interna en Rusia, que buscaba combatir y contraponerse a la “degradación y el primitivismo” de Occidente, que atravesaba, desde la perspectiva de Putin, una profunda crisis moral (Lee-Meyers, 2017, pág. 459). Esta visión fue ampliamente respaldada por sus colaboradores, y por la élite política. En términos de Ziegler (2006): “bajo el mandato de Putin, el nacionalismo ruso se está convirtiendo en un sector más fuerte, tanto en política doméstica como en política exterior” (pág. 104). Como consecuencia, tras la anexión de Crimea “por primera vez en sus 14 años de mandato Putin utilizó explícitamente términos étnico-

nacionalistas para explicar y justificar sus movimientos de política exterior” (Marten, 2015, pág. 190). En sus pronunciamientos, Putin se escudó en la violencia que enfrentaban los rusos étnicos en Ucrania, que lo obligaba a actuar (Lee-Meyers, 2017).

Como establece Suslov (2018) el concepto del “Mundo Ruso” – la comunidad rusa extendida más allá de las fronteras a través de los compatriotas – se convirtió en un paraguas ideológico que propone que Rusia es, política y geográficamente hablando, más grande que la actual Federación Rusa. Es pertinente recordar que, de acuerdo con Schweller (2009), la ideología es, precisamente, el instrumento que permite a los líderes extraer y movilizar los recursos necesarios para emprender y sostener estrategias hegemónicas o expansionistas.

El concepto de “Mundo Ruso” – al igual que el de *compatriota* – ha sido instrumentalizado para propósitos políticos desde inicios del siglo XXI, y siempre ha sido un sinónimo de las ambiciones neoimperialistas rusas en la esfera postsoviética (Suslov, 2018). En suma, la clave del caso de Crimea está no tanto en las razones de fondo para la anexión, sino en la forma en la cual el gobierno de Vladimir Putin ha justificado y legitimado sus acciones, desde la construcción discursiva del *compatriota*.

6.2. “*Todo en Crimea habla de nuestra historia*”: el *compatriota* como justificación

El sistema político ruso entrega al presidente un amplio margen decisorio, especialmente en asuntos de política exterior. Como expone Lee-Meyers (2017), la intervención militar en Ucrania se hizo casi en absoluto secreto, “incluso los partidarios de Putin estaban sorprendidos” (pág. 472). El presidente solo discutió la operación con un grupo pequeño de sus asesores de confianza. “El resultado del secreto fue la confusión en el *establishment* político del país, lo cual subrayaba la magnitud de las decisiones que ahora descansaban solo en las manos de Putin” (Lee-Meyers, 2017).

En medio de la confusión a raíz de los sucesos en Ucrania, el Kremlin presentó diversos argumentos para la anexión. Sin embargo, la retórica se enfocó en las razones étnicas e históricas, y en la protección de los compatriotas como justificación. Steven Lee-Meyers lo expone de la siguiente forma:

La lógica (...) era que había intervenido para proteger a sus compatriotas rusos en Crimea. Es decir, no a los ciudadanos de Rusia, sino a aquellos rusos que, como solía señalar, se vieron a la deriva en “países extranjeros” cuando en 1991 la Unión Soviética se fragmentó en naciones sucesoras separadas. Durante años había exaltado el “Russkiy Mir” (Mundo Ruso), la comunidad unida más allá de las fronteras por el idioma, la cultura y la fe, pero nunca había utilizado la noción como lógica para una acción militar (Lee-Meyers, 2017, pág. 478)

El día de la anexión, Putin empezó su discurso desde el Kremlin saludando a los representantes de Crimea y Sebastopol como ciudadanos rusos. Resaltó repetidamente los vínculos entre Crimea y Rusia y aseguró que, para los ciudadanos de la península “este es su hogar común, su madre patria. En los corazones y mentes de la gente, Crimea siempre ha sido una parte inseparable de Rusia” (Putin, 2014).

También, el presidente Putin señaló que los compatriotas no estaban siendo protegidos por el Estado ucraniano, y que “una vez tras otra se intentó privar a los rusos de su memoria histórica y de su idioma, sometiéndolos a una asimilación forzosa” (Putin, 2014). El peligro era inminente pues:

Nacionalistas, neonazis, ruso-fóbicos y antisemitas ejecutaron el golpe [en Ucrania]; querían tomarse el poder y no se detendrían hasta lograrlo (...) en vista de esto, los residentes de Crimea y Sebastopol recurrieron a Rusia por ayuda para defender sus derechos y sus vidas (...) Naturalmente, no podíamos dejar esta súplica sin respuesta, no podíamos abandonar a Crimea, eso sería traición (Putin, 2014).

Además, como respuesta a las críticas de agresión y violación del derecho internacional provenientes del bloque occidental, Putin respondió que “no hubo un solo enfrentamiento armado en Crimea, y no hubo bajas. ¿Por qué creen que fue así? La respuesta es simple: porque es muy difícil, prácticamente imposible luchar en contra de la voluntad del pueblo” (Putin, 2014).

En ese sentido, se revela un punto clave: para que la expansión territorial de un Estado sea exitosa, la opinión pública debe ser favorable a ese tipo de políticas (Schweller, 2009). A

través del uso de la propaganda la Federación Rusa logró anexarse un territorio perteneciente a otro Estado sin disparar una sola bala. La propaganda a la que se hace referencia es, precisamente, la construcción identitaria del *compatriota*.

Entendiendo la propaganda como “sugestión o influencia sobre las masas mediante la manipulación de los símbolos y de la psicología individual” (Pratkins & Aronson, 1994), el proceso de conceptualización del *compatriota* refleja la referencia constante a los vínculos históricos, étnicos y lingüísticos con el fin de crear una sensación de unidad entre Rusia y su diáspora, y, por ende, generar un cambio en las percepciones y actitudes de los llamados compatriotas hacia Moscú, y abrir paso a un curso determinado de acciones.

La construcción discursiva del *compatriota*, como una forma de propaganda, fue la vía para diseminar una serie de ideas a gran escala, que permitieron luego a Rusia intervenir en Ucrania y consolidar la anexión de la península de Crimea. Entre más es referida la conexión entre Rusia y sus vecinos de la zona postsoviética, más la valora la opinión pública, pues se instala en la mente colectiva y se naturaliza. Así, para Moscú es más sencillo justificar la preservación de esos vínculos y la necesidad de protección de la diáspora. La construcción de la identidad es una acción politizada, el caso del *compatriota* lo ejemplifica. La idea de la pertenencia al abstracto grupo de los “compatriotas rusos” es, a veces, más fuerte y determinante que la conexión real que existe con el mismo (Roberts, 2017).

Así las cosas, los eventos en Ucrania pusieron en discusión la siguiente pregunta: ¿adelantará Vladimir Putin, a la cabeza de la Federación Rusa, acciones similares en otros Estados con minorías rusas? La preocupación del bloque occidental, y de algunos de los Estados de la zona postsoviética, aumentó con la “impredictibilidad” de las acciones del líder ruso.

6.3. Putin ¿peligro inminente?

Desde que se conoció el traslado de tropas rusas a Crimea la comunidad internacional expresó su preocupación por lo que clasificó como una violación al derecho internacional, específicamente al parágrafo 4 del Artículo II de la Carta de las Naciones Unidas (Mälksoo, 2019), según el cual:

Los miembros de la organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o en cualquier otra forma incompatible con los Propósitos de las Naciones Unidas (Organización de las Naciones Unidas, 2019).

La Asamblea General adoptó la resolución 68/262 el 27 de marzo de 2014, poco más de una semana después de la anexión de Crimea. En esta, 100 de los 193 Estados miembro afirmaron su compromiso con la soberanía, independencia política, unidad e integridad territorial de Ucrania dentro de sus fronteras internacionalmente reconocidas, además, resaltaron que el referendo celebrado el 16 de marzo es inválido, y, por ende, no puede ser la base para alterar el estatus de la región de Crimea o de la ciudad de Sebastopol (Asamblea General, 2014).

De acuerdo con lo narrado por Lee-Meyers (2017), el ostracismo de Putin se hizo palpable tras la expulsión de Rusia del G-7; “La ruptura entre Rusia y Occidente ahora parecía irrevocable y era deliberada (...) el mundo se volvió definitivamente contra Putin” (págs. 484-485). Sectores claves de la economía rusa, como la banca y la energía, enfrentaron un régimen estricto de sanciones promovido por EE. UU., el precio del petróleo y el valor del rublo se desplomaron y Rusia se introdujo de a pocos en una nueva crisis económica (Lee-Meyers, 2017).

La respuesta de Putin fue endurecer su posición. Ya desde la anexión, el presidente entendía los riesgos de esa intervención, y calculaba la reacción de Occidente. En su discurso frente al Kremlin aseguró con vehemencia que:

Nuestros colegas en Europa occidental y Norteamérica dicen que estamos violando las normas del derecho internacional. Primero, es algo bueno que por lo menos recuerden que existe algo como el derecho internacional – mejor tarde que nunca. Segundo, y más importante, ¿qué estamos violando exactamente? Es verdad que el presidente de la Federación Rusa recibió permiso del Parlamento para usar sus fuerzas armadas en Ucrania. Sin embargo, nadie ha hecho uso de ese permiso aún. Las Fuerzas Militares Rusas nunca entraron a Crimea, sino que ya estaban allí gracias a un acuerdo internacional.

Sí usamos nuestras fuerzas allí, pero nunca excedimos la cifra límite de personal que está definida en 25.000, porque no hubo necesidad de hacerlo (Putin, 2014).

En ese mismo pronunciamiento, el presidente aseguró que la “infame” política de contención se mantiene desde el siglo XVIII hasta la actualidad, y que, en el asunto de Ucrania, el bloque occidental “cruzó la línea”. Después de todo, dice Putin, “eran completamente conscientes de que había millones de rusos viviendo en Ucrania y en Crimea. Debe faltarles instinto político y sentido común si no pudieron prever las consecuencias de sus actos” (Putin, 2014).

La posición de Putin no está aislada, sino que – por el contrario – es defendida por grandes sectores de las élites políticas y académicas rusas. Ese es el caso, por ejemplo, de Mikhail Deliagin, político y economista ruso. Deliagin (2015) asegura que:

No es solo Crimea quien nunca se ha considerado a sí misma ucraniana, la Ucrania ‘independiente’ tampoco ha considerado nunca a Crimea como suya, y fue en gran medida en contra de su voluntad que el liderazgo ruso en 2014 se vio obligado a mostrar respeto por estas posiciones, casi coincidentes. (...) Crimea es habitada por rusos étnicos y es parte de Rusia (Deliagin, 2015, pág. 7).

Deliagin (2015) va un poco más allá al asegurar que el referendo celebrado en Crimea es legítimo, pues el gobierno ucraniano establecido tras el Euromaidán no es más que un títere ubicado allí para “complacer” las exigencias de Occidente y para “vender” los activos más importantes de la nación a inversores europeos en detrimento de sus intereses nacionales.

También considera que las críticas de la comunidad internacional no tienen fundamento, pues el principio de integridad territorial de un Estado solo debería prevalecer sobre el principio de la autodeterminación de los pueblos cuando ese Estado cumpla sus obligaciones mínimas con sus nacionales (Deliagin, 2015). Para este autor, la anexión de la península de Crimea supone el retorno decisivo de Rusia a la política internacional, y ese “éxito” lo expresa de la siguiente manera:

La implacable voluntad de hierro del pueblo forja su propio camino hacia adelante, y debemos reconocer que sin importar cuán tímido, parcial y poco entusiasta haya sido el primer paso, este ha sido tomado. Rusia ha empezado a regresar a la historia de la

humanidad, a la política internacional seria y real – y esto llega como un shock para todos aquellos cuyas expectativas han sido moldeadas por un cuarto de siglo de traición nacional (Deliagin, 2015, pág. 11).

En esta perspectiva se percibe la “necesidad” de restablecer a Rusia su lugar “legítimo” en los asuntos mundiales, y la consecuente legitimidad de las acciones del gobierno de Putin en aras de conseguir ese objetivo. En ese sentido, el “retorno” de Rusia a través de la anexión territorial de Crimea es, hasta este momento, un asunto conflictivo y que trastocó el orden internacional y el statu quo, establecido y liderado por EE. UU. y, en menor medida, por las potencias europeas.

A pesar de que las acciones de Rusia son percibidas en Occidente como una actitud revisionista y agresiva, la perspectiva de Moscú es que su política exterior no ha sido más que una respuesta al orden que, de forma ilegítima, EE. UU. ha querido volver permanente. Lo que sucedió a final del siglo XX fue la avanzada de Washington para imponer su hegemonía, erosionando el previo orden global basado en el equilibrio de poder, la soberanía estatal y la no interferencia en asuntos internos (Lukyanov, 2016).

Como se expuso en este capítulo, la anexión de la península de Crimea se materializó en buena medida gracias al beneplácito de la opinión pública, obtenido después de años de construir e instrumentalizar la identidad del *compatriota*. Independientemente de las razones que haya tenido Moscú para anexarse el territorio, es fundamental resaltar cómo la “protección” de la diáspora se convirtió en la principal justificación de la anexión ante la comunidad internacional, y cómo Rusia ve sus acciones como una consecuencia de las aspiraciones hegemónicas del bloque occidental liderado por EE. UU.

7. Conclusiones

“The interest of maintaining influence across the post-soviet space is intimately linked to the Kremlin’s ambition to restore Russia’s status as a major power”

Jeffrey Mankoff, 2011

El presente trabajo de investigación se realizó con el objetivo de dar cuenta de la forma en la cual el gobierno de la Federación Rusa, encabezado por Vladimir Putin, instrumentalizó la identidad del compatriota para justificar la anexión de la Península de Crimea. Todo esto, considerando como contexto amplio la estrategia de reimperialización del espacio postsoviético, emprendida por Moscú desde la caída de la URSS, a comienzos de la década de 1990. Tras ese ejercicio, se pueden recoger las siguientes conclusiones.

En primer lugar, queda establecido que el *compatriota* es una identidad que no está dada, ni goza de existencia *a priori*; por el contrario, ha sido política y discursivamente construida. El grupo de personas clasificadas como *compatriotas* no puede considerarse una entidad natural, cohesionada, lógica o predeterminada. El gobierno ruso conceptualizó y construyó al *compatriota*, en un proceso plenamente consciente y con un fin específico: el aumento de la influencia de Moscú sobre los Estados de la zona postsoviética.

La política exterior rusa, caracterizada por su búsqueda de prestigio y por el imperativo de consolidar a Rusia como gran potencia, tiene como área de especial interés las relaciones con las antiguas repúblicas soviéticas. La zona postsoviética ha sido, sobre todo desde la llegada de Vladimir Putin a la presidencia, la “zona legítima de influencia” de Rusia y el blanco de todo tipo de políticas orientadas a la integración y a la profundización de las relaciones entre esos 14 Estados⁹ y Moscú. La historia imperial de Rusia se proyecta sobre su actual política exterior, a tal punto que – hoy en día – está orientada a perseguir el restablecimiento del imperio, o, por lo menos, la recuperación de la influencia sobre las antiguas repúblicas.

Una de las estrategias con las cuales Rusia ha cultivado su influencia en estos Estados, ha sido, precisamente, el establecimiento de vínculos con su diáspora, con los *compatriotas*. Se

⁹ Lituania, Letonia, Estonia, Ucrania, Moldavia, Bielorrusia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Kazajistán, Turkmenistán, Tayikistán, Kirguistán y Uzbekistán.

observó que los documentos oficiales del gobierno establecen explícitamente como prioridad de la política exterior la protección de los derechos e intereses de los *compatriotas* residiendo en el exterior. Incluso, existen dependencias del gobierno dedicadas a este propósito.

Así las cosas, la “protección” de los *compatriotas* en el exterior ha sido el escudo de Moscú para justificar el curso de su política exterior en la región, percibido como agresivo y revisionista por los países occidentales. Sin embargo, esto solo pudo suceder una vez que Rusia logró construir y difundir de manera exitosa una narrativa estratégica en torno a la identidad del *compatriota*.

Por esta razón, el presente trabajo propuso observar este fenómeno a través de los lentes de un concepto propio de la disciplina de la comunicación: la propaganda. El concepto del *compatriota* es una forma de propaganda, pues es una construcción discursiva orientada a la manipulación de los imaginarios en torno a la identidad y la ciudadanía, y utilizada con el fin de influir sobre las percepciones de un grupo de personas, de tal forma que estas actuaran de acuerdo con unos fines determinados.

Según Bernays (1928), la propaganda tiene poder porque altera las imágenes que, como individuos, nos formamos del mundo. La propaganda del *compatriota*, a través de la manipulación de los símbolos y de la psicología individual, influyó sobre las percepciones e ideas de la sociedad rusa, especialmente sobre los imaginarios nacionales, expandiendo una doctrina expansionista y nacionalista entre amplios sectores sociales.

Mediante la percepción e interpretación condicionada de la realidad, consolidada a través del uso de la propaganda, es posible influir sobre el curso de los acontecimientos. Así, esta investigación encontró que la creación y manipulación de la idea del *compatriota* tuvo, en efecto, unas consecuencias que fueron perceptibles tanto en el mundo simbólico como en el mundo material. El *compatriota* es un proyecto a gran escala, organizado para extender la doctrina de “protección” de estos ciudadanos rusos en el exterior y así justificar la intervención de Moscú más allá de las fronteras de la Federación Rusa. En suma, es una herramienta fundamental en el camino hacia el restablecimiento del imperio.

Ahora bien, la presente investigación también permitió observar que la conceptualización e instrumentalización del *compatriota* – como construcción discursiva estratégica – se lleva a cabo como un paso previo o preparatorio, antes de proceder a aplicar políticas y acciones más comúnmente asociadas al poder duro. Tras casi dos décadas de propaganda del *compatriota*, la zona suroriental de Ucrania tendía a favorecer las relaciones con Rusia antes que con Occidente. La constante reafirmación de los vínculos históricos, culturales, lingüísticos y económicos instaló en la mente colectiva una profunda conexión con Rusia. Esto especialmente en la región autónoma de Crimea, habitada por gran cantidad de ciudadanos rusos, y sede de la base militar de Sebastopol.

Una vez instalada y aceptada la identidad del *compatriota*, fue más sencillo promover ciertos cursos de acción o políticas, que de lo contrario podrían haber sido rechazadas. Además, es necesario resaltar que el contexto de Ucrania abrió la ventana de oportunidad para Rusia. En medio de la agitación social y de la delicada situación de orden público durante el Euromaidán, la percepción de inseguridad entre la población aumentó, y – a través de la explotación del miedo – Rusia se presentó a sí misma como la salvación, como garante de los derechos e integridad de sus ciudadanos en territorio ucraniano.

Rusia procedió a aplicar el poder duro: movilizó sus tropas hacia la península de Crimea bajo la bandera de la protección. Sin embargo, en lugar de percibirlo como una amenaza, los ciudadanos de Crimea aceptaron la intervención, considerándola necesaria y en favor de sus intereses. La manipulación de las percepciones a través de la propaganda y la normalización de la identidad del *compatriota* permitió a Moscú avanzar y tomarse la península sin oposición, y – lo que es más significativo – con la “legitimidad” otorgada por la celebración de un referendo. En otras palabras, las acciones de Rusia, rechazadas por Occidente, fueron aceptadas por la población en Crimea, y celebradas por las élites y la opinión pública dentro de las fronteras rusas. Rusia se anexó la península de Crimea sin disparar una sola bala; su arma no fue la guerra sino el discurso.

Independientemente de las razones por las cuales Moscú se anexó Crimea – que pueden ser de orden estratégico, geopolítico, de seguridad o identitario según la perspectiva de análisis que se escoja – lo que este trabajo ha pretendido demostrar es que su justificación se ha

basado en la “responsabilidad” ineludible de Rusia de “proteger” a sus *compatriotas* en los Estados en los que residen, trascendiendo así los límites establecidos por la comunidad internacional, y desafiando la base misma del orden global nacido en Westfalia, la soberanía.

Por esta razón, y de acuerdo con lo anterior, el *compatriota* fue la herramienta clave en el proceso de anexión de la península de Crimea. Ese componente ideacional permitió a Rusia perseguir y alcanzar exitosamente una política exterior expansionista hacia sus fronteras suroccidentales. La anexión fue el primer paso hacia la reconstrucción del imperio. Con esta acción, Rusia trastocó el orden global establecido tras la Guerra Fría y transformó las dinámicas del espacio postsoviético. Hoy en día, otros Estados de la zona – Moldavia, Georgia, y especialmente Lituania, Letonia y Estonia – temen un avance mayor en esa misma dirección, a través del control de las minorías rusas dentro de sus propios territorios.

La recuperación de la influencia sobre los Estados del espacio postsoviético es la condición necesaria para el regreso de Rusia a la política de las grandes potencias en el orden global contemporáneo (Mankoff, 2011). Una vez explicado el papel de Ucrania en este proceso – en el cual la anexión de Crimea es una “victoria” – es necesario resaltar que la estrategia de reimperialización y la propaganda del *compatriota* abarcan a todos los Estados del espacio postsoviético y que Moscú no tiene intención de reorientar su política exterior.

La estrategia de reimperialización del Kremlin está resultando, y funciona bajo la idea de que: “hay que jugar con las emociones. Entre más grande la mentira, mejor. La mentira debe ser repetida muchas veces, no hay lugar para las preguntas” (Nemtsov, 2015). La “protección” de los *compatriotas* abre el camino a futuras intervenciones. Georgia y Ucrania han sido testigos de esta estrategia. “La guerra ya inició” (Nemtsov, 2015) y este es apenas el principio. Después de tres décadas de haber abandonado su posición de superpotencia, el imperio de Vladimir Putin contraataca.

8. Bibliografía

- Álvarez, J. T. (1987). *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. El nuevo orden informativo*. Barcelona: Ariel.
- Asamblea General. (27 de marzo de 2014). *Resolution Adopted by the General Assembly on 27 March 2014*. Obtenido de United Nations: <https://undocs.org/A/RES/68/262>
- Baillargeon, N. (1928). Prólogo: Edward Bernays y la invención del "gobierno invisible". En E. Bernays, *Propaganda* (págs. 11-48). Barcelona: Libros del Zorzal.
- BBC. (9 de Marzo de 2015). Putin reveals secrets of Russia's Crimea takeover plot. *BBC News*.
- Bernays, E. (1928). *Propaganda*. Barcelona: Libros del Zorzal.
- Bernays, E. (1936). Freedom of Propaganda. *Vital Speeches of the Day*, 744-746.
- Bernays, E. (1942). The marketing of national policies: a study of war propaganda. *The Journal of Marketing*, 236-244.
- Carey, A. (1995). *Taking the Risk out fo Democracy: Propaganda in the US and Australia*. Sidney: South Wales University.
- Castells, M. (2005). *La Era de la Información. Vol. 1 La Sociedad Red*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chomsky, N., & Herman, E. (1990). *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*. Barcelona: Crítica.
- Committee of International Affairs of the State Duma. (30 de Noviembre de 2016). *Foreign Policy Concept of the Russian Federation*. Recuperado el 15 de marzo de 2019, de Committee of International Affairs of the State Duma: <http://interkomitet.com/foreign-policy/basic-documents/foreign-policy-concept-of-the-russian-federation-approved-by-president-of-the-russian-federation-vladimir-putin-on-november-30-2016/>
- Committee on International Affairs of the State Duma. (12 de Julio de 2008). *Main Directions of Policy of the Russian Federation in the Field of International Cultural and Humanitarian Cooperation*. Recuperado el 9 de octubre de 2019, de The State Duma of the Federal Assembly of the Russian Federation: <http://interkomitet.com/foreign-policy/basic-documents/main-directions-of-policy-of-the-russian-federation-in-the-field-of-international-cultural-and-humanitariancooperation/>

- Committee on International Affairs of the State Duma. (25 de Diciembre de 2014). *Military Doctrine of the Russian Federation*. Recuperado el 9 de octubre de 2019, de The State Duma of the Federal Assembly of the Russian Federation: <http://interkomitet.com/foreign-policy/basic-documents/military-doctrine-of-the-russian-federation/>
- Committee on International Affairs of the State Duma. (12 de agosto de 2018). *Strategic course of Russia with the member states of the Commonwealth of Independent States*. Recuperado el 9 de octubre de 2019, de The State Duma of the Federal Assembly of the Russian Federation: <http://interkomitet.com/foreign-policy/basic-documents/strategic-course-of-russia-with-the-member-states-of-the-commonwealth-of-independent-states/>
- Deliagin, M. (2015). Crimea: The First Step in Russia's Return into the World. *Russian Politics and Law*, 53(2), 6-31.
- Donnelly, J. (2000). *Realism and International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dunn, K. (2008). Historical Representations. En A. Klotz, & D. Prakash, *Qualitative Methods in International Relations. A Pluralist Guide* (págs. 78-92). New York: Palgrave Macmillan.
- Foulon, M. (2015). Neoclassical Realism: Challengers and Bridging Identities. *International Studies Review*, 635-661.
- Fraser, L. (1957). *Propaganda*. Nueva York: Oxford University Press.
- Frasson-Quenoz, F. (2014). *Autores y teorías de relaciones internacionales: una cartografía*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Grigas, A. (2016). *Beyond Crimea. The New Russian Empire*. New Heaven: Yale University Press.
- Johnson, D., & Thayer, B. (2016). The evolution of offensive realism Survival under anarchy from the Pleistocene to the present. *Politics and the Life Sciences*, 1-27.
- Karaganov, S. (14 de marzo de 2011). An iron fist to keep NATO expansion at bay. (Y. Shestakov, Entrevistador) Obtenido de <https://eng.globalaffairs.ru/pubcol/An-iron-fist-to-keep-NATO-expansion-at-bay-15130>
- Klotz, A. (2008). Case Selection. En A. Klotz, & D. Prakash, *Qualitative Research Methods in International Relations* (págs. 43-58). New York: Palgrave Macmillan.
- Kozin, A. (2015). "The law of compatriot": toward a new Russian national identity. *Russian Journal of Communication*, 7(3), 286-299. doi:10.1080/19409419.2015.1082439

- Kuchins, A., & Zevelev, I. (2012). Russian Foreign Policy: Continuity in Change. *The Washington Quarterly*, 147-151.
- Labs, E. (1997). Beyond victory: offensive realism and the expansion of war aims. *Security Studies*, 1-49.
- Lee-Meyers, S. (2017). *El nuevo zar: ascenso y dominio de Vladimir Putin*. Buenos Aires: Ariel.
- Leichtova, M. (2014). *Misunderstanding Russia : Russian Foreign Policy and the West*. England: Ashgate Publishing.
- Ley N° 99-FZ. (24 de mayo de 1999). *Federal Law of the Russian Federation of May 24, 1999 N° 99-FZ About State Policy of the Russian federation Concerning Compatriots Abroad*. Obtenido de CIS Legislation: <http://cis-legislation.com/document.fwx?rgn=1407>
- Lukyanov, F. (2016). Putin's Foreign Policy. The quest to restore Russia's rightful place. *Foreign Affairs*, 30-39.
- Lutz, C., Lutz, B., & Lutz, J. (2019). Russian Foreign Policy Management and Manipulation with the Soviet Successor States. *Terrorism and Political Violence*, 31(1), 84-97.
- Mälksoo, L. (2019). The Annexation of Crimea and Balance of Power in International Law. *European Journal of International Law*, 30(1), 303-319.
- Mankoff, J. (2008). Russian Foreign Policy and the United States After Putin. *Problems of Post-Communism*, 42-51.
- Mankoff, J. (2011). *Russian Foreign Policy: The Return to Great Power Politics*. Plymouth: Rowman & Littlefield Publishers.
- Marten, K. (2015). Putin's choices: explaining russian foreign policy and intervention in Ukraine. *The Washington Quarterly*, 189-204.
- Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W.W. Norton.
- Medvedev, D. A. (2008). Five Principles of Russian Foreign Policy. *Military Technology*, 8-9.
- Mijares, V. (2015). Realismo neoclásico: ¿el Retorno de los estudios internacionales a la ciencia política? *Revista de Ciencia Política*, 581-603.
- Milosevich-Juaristi, M. (2016). El proceso de "reimperialización" de Rusia, 2000-2016. *Documentos de Trabajo - Real Instituto Elcano*, 1-36.

- Mitchell, L. (2012). *The Color Revolutions*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- Morgenthau, H. (2005). *La Política entre las Naciones*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Nalbandov, R. (2016). *Not by bread alone: Russian foreign policy under Putin*. Lincoln, Nebraska: Potomac Books.
- Nemtsov, B. (28 de febrero de 2015). A final interview with Boris Nemtsov. (M. Kacewicz, Entrevistador, & M. Milewski, Traductor) Moscú, Rusia. Recuperado el 26 de octubre de 2019, de <https://www.newsweek.com/2015/03/13/final-interview-boris-nemtsov-310392.html>
- Oliker, O. (2009). *Russian Foreign Policy : Sources and Implications*. Santa Monica: RAND Corporation.
- Organización de las Naciones Unidas. (2019). *Carta de las Naciones Unidas*. Recuperado el 7 de noviembre de 2019, de Naciones Unidas: <https://www.un.org/es/charter-united-nations/index.html>
- Pieper, M. (2018). Russkiy Mir: The Geopolitics of Russian Compatriots Abroad. *Geopolitics*, 1-24.
- Pieper, M. (2018). Russkiy Mir: The Geopolitics of Russian Compatriots Abroad. *Geopolitics*, 1-24.
- Pratkins, A., & Aronson, E. (1994). *La era de la propaganda. Uso y abuso de la persuasión*. Barcelona: Paidós.
- Putin, V. (25 de Abril de 2005). *President of Russia*. Obtenido de Anual Adress to the Federal Assembly of the Russian Federation: <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931>
- Putin, V. (18 de marzo de 2014). *Adress by Pressident of the Russian Federation*. Obtenido de Pressident of Russia: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/20603>
- Putin, V. (24 de Octubre de 2014). *Meeting of the Valdai International Discussion Club*. Obtenido de President of Russia: <http://en.kremlin.ru/events/president/news/46860>
- Roberts, K. (2017). Understanding Putin: The politics of identity and geopolitics in Russian foreign policy discourse. *International Journal*, 72(1), 28-55.
- Roman, N., Wanta, W., & Buniak, I. (2017). Information wars: Eastern Ukraine military conflict coverage in the Russian, Ukrainian and U.S. newscasts. *The International Communication Gazette*, 357-378.
- Rome, D. S. (2010). Russian foreign policy during the Putin Presidency. The impact of competing approaches. *Problems of Post-Communism*, 35-50.

- Rose, G. (1998). Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy. *World Politics*, 144-172.
- Schweller, R. (1994). Bandwagoning for profit: bringing the revisionist state back in. *International Security*, 72-107.
- Schweller, R. (2009). Neoclassical Realism and state mobilization: expansionist ideology in the age of mass politics. En J. Taliaferro, N. Ripsman, & S. Lobell, *Neoclassical Realism, the State and Foreign Policy* (págs. 227-250). Cambridge: Cambridge University Press.
- Sencerman, Ö. (Marzo-abril de 2018). Russian diaspora as a Means of Russian Foreign Policy. *Military Review*, 40-49.
- Snyder, G. H. (2002). Mearsheimer's World. Offensive Realism and the Struggle for Security. *International Security*, 149-173.
- Suslov, M. (2018). "Russian World" Concept: Post-Soviet Geopolitical Ideology and the Logic of "Spheres of Influence". *Geopolitics*, 23(2), 330-353.
- Taliaferro, J., Lobell, S., & Ripsman, N. (2009). Introduction: Neoclassical realism, the state, and foreign policy. En J. Taliaferro, S. Lobell, & N. Ripsman, *Neoclassical Realism, the State and Foreign Policy* (págs. 1-41). Cambridge: Cambridge University Press.
- The Ministry of Foreign Affairs of the Russian Federation. (12 de enero de 2008). *The Foreign Policy Concept of the Russian Federation*. Recuperado el 9 de octubre de 2019, de President of Russia: <http://en.kremlin.ru/supplement/4116>
- Tichý, L. (2014). Security and Foreign Policy od Dmitry Medvedev in the period 2008-2012. *Journal of Slavic Military Studies*, 533-552.
- Treisman, D. (2016). Why Putin Took Crimea. *Foreign Affairs*, 47-54.
- Ziegler, C. (2006). The Russian Diapora in Central Asia: Russian Compatriots and Moscow's Foreign Policy. *Demokratizatsiya*, 103-126.